

COLECCIÓN QUEVEDO
ANÉCDOTAS Y DECIRES

DOCTRINAL DE QUEVEDO

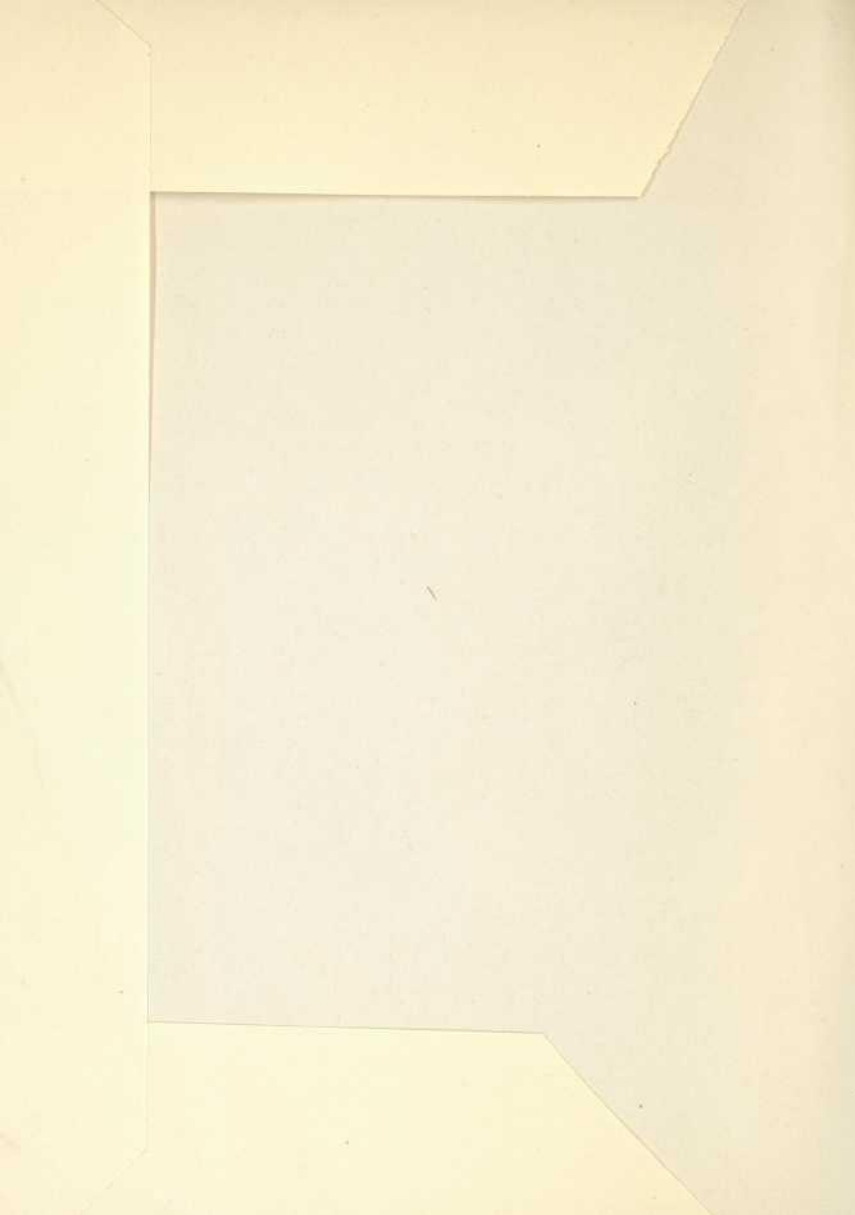
DE LOS REYES, DE LOS MINISTROS,
DE LA GUERRA, DE LA JUSTICIA,
DE LA MUJER, DEL PUEBLO

SELECCIÓN DE PENSAMIENTOS
HECHA Y ORDENADA POR

E. BARRIOBERO
Y HERRÁN



MUNDO
LATINO
MADRID



189716

R

13646

DOCTRINAL DE QUEVEDO

DOCTRINAL DE QUEVEDO

DE LOS REYES DE LOS MONISTROS
DE LA GUERRA DE LA JUSTICIA
DE LA FUERZA DEL VIENTO

MANUEL DE QUEVEDO
CARTA Y AUTOGRAFOS

L. GARCÍA GIL Y GARCÍA



LIBRERIA
DE LA VILLA
Calle de la Venerable
12/10/1950

LIBRERIA
DE LA VILLA
Calle de la Venerable
12/10/1950

WINDO LATINO

LIBRERIA DE PUBLICACIONES Y LIBROS
CALLE DE LA VILLA, 45 Y 46

MADRID

1950

12/10/1950

DOCTRINAL DE QUEVEDO

DE LOS REYES, DE LOS MINISTROS,
DE LA GUERRA, DE LA JUSTICIA,
DE LA MUJER, DEL PUEBLO

SELECCIÓN DE PENSAMIENTOS
HECHA Y ORDENADA POR

E. BARRIOBERO Y HERRÁN



**Gobierno
de La Rioja**

Desarrollo Económico
e Innovación

Dirección General de
Cultura y Turismo

MUNDO LATINO

COMP.^a IBEROAMERICANA DE PUBLICACIONES
PRÍNCIPE DE VERGARA, 42 Y 44

MADRID

1930

1229770

DOCTRINAL DE QUEVEDO

DE LOS REYES DE LOS REINOS
DE LA GUERRA, DE LA JUSTICIA
DE LA MUERTE DEL PUERTO

Es propiedad. Queda he-
cho el depósito que marca
la ley.

Copyright by E. BA-
RRIERO Y HE-
RRÁN, 1930.



Imp. de Galo Sáez / Mesón de Paños, 8 / Madrid.

NOTA PRELIMINAR

DOCTRINAL DE QUEVEDO

DE LOS REYES, DE LOS MINISTROS,
DE LA GUERRA, DE LA JUSTICIA, DE
LA MUJER, DEL PUEBLO

NOTA PRELIMINAR

EN esta colección, que se honra con el nombre de aquel ingenio sin par de quien dijo Lope de Vega:

Espíritu agudísimo y suave,
dulce en las burlas y en las veras grave,
príncipe de los líricos, que él sólo
pudiera serlo si faltara Apolo

no debía faltar, por lo menos, una referencia de las obras de don Francisco de Quevedo y Villegas, desnudado sin piedad por los eruditos y motejado groseramente por el vulgo desde hace cerca de tres siglos.

Es lamentable la obstinación y la pertinacia de los pedagogos en colocar a los españoles, en las aulas y fuera de ellas, la cominera crónica de nuestras glorias políticas y nuestras hazañas militares, cuando para crear ese orgullo sano que induce

a los hombres a elevarse por méritos que tienen su raíz en el entendimiento, y para emular al mundo entero, bastaría con coordinar razonablemente nuestra Estética en todas sus manifestaciones, desde los albores de las Bellas Artes en nuestra civilización hasta el día.

Del catálogo y del venero de artistas inmortales que mantendrán siempre el nombre de España como potencia de primer orden, con mayor eficiencia que la diplomacia y las armas, destacan dos gigantes indiscutibles e indiscutidos, a quienes todas las literaturas del mundo llaman y llamarán Maestros: Cervantes y Quevedo.

En cuanto al primero, lugar habrá en esta colección para pagarle el debido tributo. En cuanto al segundo, al entregar al público su DOCTRINAL, es justo que, a guisa de oración, se dedique a su vida y a su obra algunas palabras reverentes y cordiales.

La fatalidad ha probado ser enemiga irreconciliable del genio. Aún hoy no se muerde la lengua para calumniar a Molière, ni a Dante, ni a Shakespeare, ni a Ra-

fael, ni al Greco; y a Quevedo, de quien con documentación auténtica y copiosa se ha probado el valor, la probidad y muchas otras virtudes, lo ha convertido en un vulgar bufón, autor de mil frivolidades pornográficas y escatológicas, y en este concepto hácele vivir en la mente de cuantos no han podido ponerse de puntillas para mirar por las rendijas de los centros culturales.

¡Quién pudiera obligar a los maestros de escuela, rurales y urbanos, a que reivindicasen ante sus discípulos los prestigios literarios, y todos los prestigios, de don Francisco de Quevedo!

Es un crimen, un verdadero crimen, el que todavía, entre sombras crepusculares, se ofrezca furtivamente retahilas de indecencias impresas, a las que se atribuye la paternidad del autor glorioso de La Política de Dios y Marco Bruto.

Esa acción policiaca que estallaría fulminante y terrorífica contra quien se permitiera pregonar cobardías del Gran Capitán, o herejías de San Ignacio de Loyola, estuviera más justificada si se emplease en vedar la profanación y la blas-

femia contra el más universal de los genios españoles.

* * *

Casi toda la historia de los grandes autores está siempre en sus obras. De nadie puede decirse esto con mayor exactitud que de don Francisco de Quevedo.

Al través de sus poéticos desenfados se ve su juventud turbulenta, sin frenos ni temores; sus obras filosóficas son vibraciones de un alma amargada que resuenan graves en las bóvedas de la cárcel o del claustro; sus sátiras, sus epístolas, sus sueños reflejan momentos de su edad, y en ellos se le ve alargar el brazo para dar una estocada o aprestar el pecho para recibirla. Sus amores, sus pleitos, las defecaciones que sufre, las invectivas que devuelve, forman la colección de sus epigramas, y el conjunto de su obra ofrece, como su persona, un entendimiento superior, un espíritu agudo y exquisito, encerrados en un cuerpo en el que se muestran a la vez gallardías y defectos, imperfecciones y bellezas.

Vivió Quevedo sesenta y cinco años aproximadamente, y la extensión de su obra, aun cuando no se ha logrado recomponerla por completo, causaría asombro, si no constara, por las investigaciones de sus concienzudos biógrafos, que antes de cumplir los quince años lo graduó en Teología la Universidad de Alcalá de Henares; que antes de los veinte tenía una sólida reputación de poeta, y que, cuando cumplió los veintitrés, sus prestigios de teólogo, poeta y filósofo habían pasado las fronteras.

Sábase, además, que era un trabajador infatigable. De él ha dicho el abad don Pablo Antonio de Tarsia: "Una circunstancia que pudiera explicarnos la rara fecundidad de Quevedo es aquella rigurosa distribución de su tiempo que había adoptado, y de que jamás se apartaba. Para que los cuidados domésticos no pudieran distraerle de sus habituales tareas, vivió siempre en Madrid en posada pública; tenía horas fijas en que recibía a sus amigos, y fuera de las cuales no recibía visita alguna. Hasta en coche y en paseo iba estudiando; apuntaba al paso cuanto le

llamaba la atención, y llevaba un diario de sus hechos y observaciones y hasta de sus confesiones generales. Merced a este buen orden, pudo alcanzarle el tiempo para tantas y tan distintas obras, sin que se perjudicasen unas a otras."

Y, efectivamente, le alcanzó el tiempo para llegar a dominar como el idioma propio el latín, el griego, el árabe, el francés, el italiano y acaso algún otro, y para conocer cuanto de filosofía, de historia y de literatura se sabía en su época, para escribir en verso y en prosa sobre lo más elevado y sobre lo más banal, para descender a las más triviales observaciones de la vida y para elevarse a las esferas más altas del entendimiento, para luchar contra sus enemigos y para congratular a sus valedores, para terminar hazañas y para satisfacer a la prisión el tributo que, al parecer, le deben todos los genios nacidos en nuestro suelo.

Su vida fué verdaderamente movida y accidentada.

En 1609, cuando contaba la edad de veintiocho años, contrajo con el duque de

Osuna la amistad que tanto había de influir en su vida y en su suerte.

El Jueves Santo de 1611, cuando asistía a los Oficios en la iglesia de San Martín, acaeció que a una dama, para él desconocida, que oraba a su lado, le dió una bofetada un hombre y además trató de agredirla con una daga. Quevedo lo arrastró fuera del templo y le recriminó su conducta; desnudaron los aceros, y el injuriador de la dama quedó muerto. Era, sin duda, hombre de calidad, aun cuando aquel hecho no lo abonara, y sus parientes persiguieron a Quevedo de tal modo, que, para huir de su inquina, tuvo que expatriarse, y arribó a Sicilia, con el fin de ampararse del duque de Osuna, que desempeñaba por entonces aquel virreinato.

En el año siguiente volvió a España, pero no a la corte, pues se recluyó en su señorío de la Torre de Juan Abad, y escribió allí algunas de sus obras; tal vez sus estudios sobre la filosofía estoica y las Cartas del Caballero de la Tenaza.

En 1613 volvió a Italia, llamado por el duque de Osuna, que le encomendó va-

rias misiones diplomáticas, y para llevar a término una de ellas salió de Mesina para España en 2 de septiembre de 1615. Desembarcó en Marsella con ánimo de venir por tierra a Madrid; pero al llegar a Montpellier lo apresaron los hugonotes, si bien a los tres días le devolvieron la libertad.

Antes de llegar a Burgos, en donde el monarca le aguardaba, sufrió otras dos detenciones; pero al fin logró realizar su cometido, con tal acierto, que, merced a él, fué su valedor el Duque ascendido al virreinato de Nápoles, desde donde llamó nuevamente a Quevedo, que acudió allí con la mayor presteza.

Otra misión diplomática lo trajo a España en 1617; pero al cabo de tres años volvió a Nápoles, en donde Osuna, Bedmar y Villafranca, gobernadores de nuestros Estados en el territorio italiano, lo comisionaron para que pasase a Venecia y estudiar la actitud de aquella República, siempre hostil a nuestro dominio. Fué allí muy bien recibido; pero a poco estalló la famosa revolución de 14 de mayo, en la que el pueblo, armado, perseguía a sangre

y fuego a los extranjeros, entre los que hubiera perecido Quevedo si no hubiese huído sutilísimamente, a favor de unos harapos de pordiosero y de su perfecto conocimiento del idioma.

En 1620 regresa definitivamente a España, y, poco después, al caer en desgracia el duque de Osuna, le arrastró en ella de tal modo, que estuvo preso en Uclés, durante seis meses, en una cripta, entre tumbas y muebles arrinconados por inútiles, y luego fué desterrado a su Torre de Juan Abad, hasta que, en 1621, se le indultó.

En 1624 acompañó al rey Felipe en su viaje a Andalucía, en calidad de cronista, y al servicio real continuó hasta que, en abril de 1628, el conde-duque de Olivares lo desterró nuevamente.

Pero pronto este caprichoso favorito cayó en la cuenta de lo útil que Quevedo podía serle, y así, a fines del mismo año, le levantó el destierro, le hizo venir a la Corte y, poco después, lo elevó al cargo de secretario del Rey, y hasta lo casó, a pesar de sus constantes invectivas contra el matrimonio, con una viuda rica, llama-

da doña Esperanza de Aragón y la Cabrera, hacendada en Cetina y unida en parentesco a la primera nobleza castellana y aragonesa.

A pesar de lo forzado y artificioso de aquel matrimonio y de todos sus prejuicios, Quevedo, a sus cincuenta y dos años de edad, enamoróse perdidamente de doña Esperanza, con la que vivió ocho meses en constante y luminoso idilio, que transcurrieron en la paz de su albergue rústico de Cetina. Algunos pleitos sobre la dote de doña Esperanza exigieron la presencia de Quevedo en Madrid; solventados éstos, pasó a la Torre de Juan Abad para ventilar otros suyos, y allí le sorprendió la amarga nueva de la muerte de su esposa, que desgarró su corazón.

Los favores del conde-duque de Olivares no sirvieron para doblegar el espíritu recto del gran poeta; por el contrario, satirizó y censuró acremente sus desmanes políticos, y con ello excitó su implacable venganza.

Era aquella época pródiga en libelos, y de todos era costumbre atribuir la paternidad a Quevedo. En palacio se adop-

taron las precauciones más minuciosas y severas para que al rey no llegaran; pero en uno de los primeros días de diciembre de 1639, al sentarse a la mesa Felipe IV encontró en la servilleta el famoso memorial que empieza:

Católica, sacra y real majestad...

en el que se criticaba duramente el gobierno desacertado y venal del valido. Este, considerándose perdido, quiso castigar aquella audacia; una mujer ofendida lo descubrió todo, y en aquel punto fué decretado el exterminio de Quevedo.

Véase cómo el erudito Fernández Guerra relata su captura:

"A pesar de tener casa en Madrid nuestro escritor, vivía en la de su excelente amigo el duque de Medinaceli. Hallábase entregado al estudio el 7 de diciembre, víspera de la Concepción de Nuestra Señora, cuando, a las once de la noche, con gran silencio y secreto, y sin que nadie se apercibiese de lo que pasaba, los alcaldes de corte don Francisco de Robles y don Enrique de Salinas rigurosamente se apode-

raron de Quevedo. Registráronse hasta las faltriqueras, tomáronse las llaves de su hacienda, se le despojó de todo. "Señor don Francisco—dijo Robles—, perdone, "que ya sabe cómo son estas cosas." "Sí, "señor; ya yo sé que estas cosas son como "todas las demás." Sin permitirle tomar nada, ni aun la capa siquiera, y con el mayor desabrigo, hízole el primero de los alcaldes entrar en su coche; y, dando vuelta al Prado, llegaron a la toledana puente, donde esperaba una litera de camino con famoso cortejo de alguaciles y corchetes. De hielo era la noche; tullíase con el frío el anciano de sesenta años; y, tan piadoso como recto, el ministro que le custodiaba tuvo que darle un ferreruelo de bayeta y dos camisas, de limosna, y uno de los alguaciles, unas medias de paño. Suben, cierran, parten, desaparecen.

"Entretanto, recogía los papeles y muebles don Enrique de Salinas, llevándolos a casa del ministro del Consejo Real de Castilla José González; pero de la hacienda del preso fué muy luego depositario su mayor amigo, don Francisco de Oviedo, secretario de su majestad, persona de ca-

lidad, virtud y ánimo generoso. Con indignación súpose el caso a la mañana siguiente en la corte, sin que pudiera reprimir el enojo del pueblo la especie, que se puso cuidado en extender, de que estaba vendido a los franceses. Poco después cundió la nueva de que le habían degollado, y se citaban muchos ejemplares en que, llevando alcaldes de corte a caballeros presos, era siempre para acciones semejantes. Por fin, con la vuelta de Robles se templó la pública ansiedad, y fué consuelo saber que quedaba el poeta en el convento real de San Marcos, extramuros de la ciudad de León."

Véase lo que de este suceso dice la propia víctima:

"Veni, vidi, vici, dijo César con la arrogancia de un romano; y yo puedo decir: me trajeron, hablé y vencí, al tomar clausura sin vocación en este convento del evangelista de los cuernos. Llegué y vi las narices del Padre prior, que pueden servir de paraguas a la comunidad muy reverenda. Venían debajo dellas todos los modregos, mirándome al soslayo, temerosos de hallar una alimaña; y recibéndolos

yo con la cortesía del forzado ante la pena, ¡oh, qué de cosas les dije encaminadas a mi bien! Fué de tal modo, que la caja del guardián se vació de sesos a puro devanarlos; y todos al despedirse me apretaron las manos, como en señal de quedar edificados y vencidos. Creo que no lo deberé pasar mal el corto plazo que me tengan en penitencia."

En lo del corto plazo equivocóse Quedo, así como en el augurio de que no habría de pasarlo mal, pues su prisión duró poco más de cuatro años, y en cuanto al trato, véase lo que él mismo escribió a su amigo Adán de la Parra:

"Aunque al principio tuve mi prisión en una torre desta santa casa, tan espaciosa como clara y abrigada para la presente estación, a poco tiempo, por orden superior (no diré nunca que por superior desorden) se me condujo a otra muchísimo más desacomodada, que es donde permanezco. Redúcese a una pieza subterránea, tan húmeda como un manantial, tan oscura que en ella es siempre de noche y tan fría que nunca deja de parecer enero. Tiene, sin ponderación, más traza

de sepulcro que de cárcel. ¡Ya se ve: los que se complacen con verme padecer, no quieren cortar de una vez lo que al fin han de cortar, sino que la frecuencia de los golpes haga más penoso, por más dilatado, el martirio; porque así logran más tiempo sus satisfacciones!

"Tiene de latitud esta sepultura donde encerrado vivo veinticuatro pies escasos y diez y nueve de ancho. Su techumbre y paredes están por muchas partes desmoronadas a fuerza de la humedad, y todo tan negro, que más parece recogimiento de ladrones fugitivos que prisión de un hombre honrado.

"Para entrar en ella hay que pasar dos puertas, que no se diferencian en lo fuerte. Una está al piso del convento y otra al de mi cárcel, después de veintisiete escalones, que tienen traza de despeñadero. Las dos están siempre cerradas, a excepción de los ratos que diré, en que, más por cortesía que por confianza, dejan la una abierta, pero la otra segunda con doble cuidado.

"En medio de la pieza está colocada una mesa, donde escribo, que es tan grande,

que admite sobre sí treinta o más libros, de que me proveen estos mis benditos hermanos. A la derecha, que mira al Mediodía, tengo mi lecho, ni bien muy acomodado, ni bien sumamente indecente.

"Los aparatos de esta triste habitación se componen de cuatro sillas, un brasero y un velón; no falta bastante ruido, pues el que mis grillos causan excede a otros mayores, si no en el estruendo, en lo lastimoso. No hace muchos días que tenía dos pares; pero logró orden para dejarme sólo uno un gran religioso de esta casa. Pesarán los que hoy tengo de ocho a nueve libras, advirtiéndome que eran mucho mayores los que me quitaron; y con ser tan grande el defecto de mi pierna, y mayor con el peso y sujeción de los grillos, ando con ellos como si no estuviera cojo. Dios ayuda al hombre perseguido como con superior atención. Si da nieve, también da lana, para que lo que una hiele la otra abrigue."

Extremaron aún más el rigor hasta hacerle perder la salud y cauterizarse por sus propias manos antiguas heridas que habíale cancerado la humedad, hasta que

al fin, vivo y sin vida, recobró su libertad con la caída del conde-duque de Olivares, acaecida el 23 de enero de 1643, si bien es de advertir que entonces, como ahora, las desgracias en su caminar asemejábanse al relámpago, y las gracias a la tortuga, por lo que Quevedo conservó puestos sus grillos hasta el 7 de junio siguiente.

Volvió a Madrid, más bien que para reanudar su vida activa en la política, para tratar de que los libreros le publicaran lo que había escrito y ordenado durante su prisión. Obtuvo amplias licencias y censuras; pero los mercaderes rechazaron displicentes lo que sus nietos habían de buscar ávidos.

Permaneció en Madrid cerca de año y medio triste y desolado, porque la muerte o la fortuna habían desperdigado a casi todos sus amigos, y porque en el rey en sus nuevos favoritos sólo encontró desdenes.

Enfermo del cuerpo y del espíritu abandonó Quevedo su pueblo natal para buscar salud en la campiña; llegó, como él decía, "más difunto que vivo, doliéndole

el habla y pesándole la sombra", a la Torre de Juan Abad. Un invierno largo y cruel lo recluyó entre sus muros, hasta que al fin pudo pasar en busca de médicos y medicinas a Villanueva de los Infantes, en donde la primavera le favoreció con una tregua en su lucha contra la muerte; pero de ella estaba herido, y el día 8 de septiembre de 1645 lo venció.

Fué enterrado allí, en el convento de Santo Domingo, y según el testimonio de concienzudos historiadores, sus restos mortales se han perdido, como los de Cervantes, como los de Velázquez, como los del Greco, como los de Lope de Vega.

* * *

La experta y jugosa pluma del autor citado, don Aureliano Fernández Guerra, nos dejó de Quevedo este admirable retrato:

"Era de buena estatura; el cabello, negro, limpio y algo encrespado; la cabeza, ancha y bien repartida; blanco el rostro; larga y espaciosa la frente, con algunas

viejas heridas, testimonio de su valor. Tenía las narices grandes y gruesas, y los ojos, muy vivos y rasgados; pero tan corto de vista, que llevaba anteojos continuamente. Fué abultado de cuerpo, de hombros derribados y robustos, de brazos flacos, pero bien hechos y galanos; cojo y lisiado de entrambos pies, que los tenía torcidos hacia adentro; de ingenio pronto y feliz; agudo en los dichos y profundo en las sentencias. Sumamente apasionado al estudio, leía en el coche, durante la comida, en el descanso de la cama; y para divertir sus peregrinaciones, llevaba en unas bizazas un centenar de libros muy pequeños, de varia literatura. Reunió cinco mil cuerpos en su biblioteca, y llamaba al ocio polilla de las virtudes y feria de todos los vicios. Aprovechábase de los libros malos para no seguirlos, y de los buenos para imitarlos; y afirmaba no haber ninguno, por despreciable que sea, que no tenga alguna cosa buena, como ni algún lunar el de mejor nota: "Catulo, decía, "tiene sus errores, Quintiliano sus arrogancias, Cicerón algún descuido, Séneca "bastante confusión, y, en fin, Homero

"sus cegueras y el satírico Juvenal sus des-
"barros; sin que le falten a Egecias algu-
"nos conceptos, a Sidonio medianas suti-
"lezas, a Enodio acierto en algunas com-
"paraciones y a Aristarco, con ser tan in-
"sulsísimo, propiedad en bastantes ejem-
"plos."

"Era diestro en las armas, de atrevido corazón y consultor de todos los valientes. Retirándose una noche tarde y solo, en Madrid, oyó ladridos de perros y a lo lejos grita y alboroto. Crecía y se avecin-
daba el ruido, y al prevenirse con su espada y broquel en ademán de pelear, se le clavó en el escudo una onza que de casa de cierto embajador se había soltado. No supo, con la oscuridad, quién le embestía, y arrojando el broquel dejó a estocadas muerta la fiera. Los amigos ponderaban el caso; pero les dijo Quevedo que a saber con quién se las había, le hubiera dado más cuidado.

"Lograron sus adversarios solevantar a los serranos de la Torre de Juan Abad, animándoles a que sacudiesen el yugo de quien se titulaba señor "de lo que no era" suyo, ni debía serlo en tanto que hubiese

"hombres en la villa". Púsole ésta veintidós pleitos, y como para proseguirlos afirmase un villano que vendería sus propios hijos, "bien los puedes poner en venta, replicó el bienhechor del pueblo, pero no digas que son tuyos si ha de haber quien te los compre".

"El vulgo le atribuye todos los dichos ingeniosos, como refiere los hechos de fuerza al Sansón de Extremadura, Diego García de Paredes, y como aplicaron los anti-guos a Hércules todas las hazañas."

* * *

El DOCTRINAL DE QUEVEDO que en este tomo se ofrece, es una selección de pensamientos entresacados de sus obras en prosa y agrupados en torno de seis temas: los reyes, los ministros, la guerra, la justicia, la mujer y el pueblo.

Los cuatro primeros corresponden a los principales asuntos que el autor estudia. En cuanto a la mujer, en la prosa de Quevedo no ocupa un sitio de primer término, y el pueblo representaba muy poco en la política de entonces. Sin embargo, me

ha parecido conveniente investigar también cuál era el pensamiento de Quevedo acerca del pueblo y de la mujer, puesto que hoy entrambos factores son más importantes que los ministros y los reyes.

Como se ve, no se ofrece en este libro un descubrimiento, ni un estudio crítico, ni aun un ensayo, sino lo que pudiera llamarse una ayuda-memoria, que guíe los recuerdos de los que estudiaron a Quevedo y encienda el apetito de estudiarlo a los que aún no lo conozcan.

Que lo modesto de la pretensión sirva de disculpa al atrevimiento que supone haber tirado la sonda al mar insondable de aquel universal ingenio y haber seleccionado las flores más olorosas y los frutos más delicados de aquel árbol perenne de la humana sabiduría.

E. B. H.

DE LOS REYES

1. Mirar los reyes mejor a uno que a otro, tiene a ratos más peligro que precio.
2. Grandes son los peligros del reinar, y sospechosas las coronas y cetros.
3. Entrase en Palacio con sujeción a la envidia y codicia, vívese en poder de la persecución y siempre en la vecindad del peligro.
4. Sepa el rey conocer que la boca que le aconseja mal, le escupe.
5. Quien divierte al rey, le depone, no le sirve.
6. Vuestra majestad no tiene otra cosa que haya de estar más firme en su ánimo, que el castigo del consejero que pide para los pobres y los vende.
7. Pobres vende quien se enriquece pidiendo para ellos y quien alega por méritos y servicios la ruina de los que se le encomendaron.
8. Rey que pelea y trabaja delante de los suyos, oblígalos a ser valientes;

el que los ve pelear, los multiplica, y de uno hace dos.

9. Quien los manda pelear y no los ve, ése los disculpa de lo que dejaron de hacer y fía toda su honra a la fortuna.

10. Diferentes ejércitos son los que pagan los príncipes que los que acompañan, pues unos traen grandes gastos y otros grandes victorias.

11. No basta que el rey esté presente, si duerme. Ojos cerrados no hacen efecto.

12. No le queda qué hacer al rey que asiste y mira, ni qué esperar al que hace lo contrario.

13. Los reyes pueden comunicarse en secreto con los ministros y criados familiarmente y sin aventurar reputación; mas en público, ni con hermanos ni padres ha de haber sombra de amistad, porque el cargo y la dignidad no son capaces de igualdad con alguno.

14. Rey que con el favor diferencia en público uno de todos, para sí ocasiona desprecio, para el privado odio, y en todos envidia.

15. Ser rey es oficio, y el cargo no tiene parentesco: huérfano es.

16. Caridad es bien entendida, si no muy acostumbrada, no poner a uno en ocasión de que se despeñe y pierda, donde es frecuente el riesgo.

17. En la prosperidad puede uno ser cuerdo y lo debe ser; mas pocas veces lo vemos; y ya que el hombre no mira su peligro, mire por él el príncipe.

18. No hay bondad sin achaque; no hay grandeza sin envidia.

19. Castigar a los ministros malos públicamente es dar ejemplo a imitación de Cristo, y consentirlos es dar escándalo a imitación de Satanás y es introducción para vivir sin temor.

20. Rey que disimula delitos en sus ministros, hácese partícipe de ellos, y la culpa ajena la hace propia.

21. Rey que duerme y se echa a dormir descuidado con los que le asisten, es sueño tan malo que la muerte no le quiere por hermano y le niega el parentesco.

22. Reinar es velar, y quien duerme no reina.

23. Rey que cierra los ojos, da la guarda de sus ovejas a los lobos, y el mi-

nistro que guarda el sueño a su rey, le entierra, no le sirve.

24. Rey que duerme, gobierna entre sueños; y cuando mejor le va, sueña que gobierna.

25. De modorras y letargos de príncipes adormecidos adolecieron muchas repúblicas y monarquías.

26. No basta al rey tener los ojos abiertos para entender que está despierto, que el mal dormir es con los ojos abiertos.

27. La cabeza de los reyes no se ha de inclinar más a una parte que a otra.

28. El rey es cabeza, y cabeza inclinada mal enderezará los demás miembros.

29. El rey es persona pública; su corona son las necesidades de su reino.

30. El reinar no es entretenimiento, sino tarea; mal rey el que goza sus estados, y bueno el que los sirve. Rey que se esconde a las quejas y tiene porteros para los agraviados y no para quien los agravia, retírase de su oficio y obligación.

31. Rey que llama criado al que le violenta y no le aconseja, al que le gobierna y no le sirve, al que toma y no pide, no pasa la majestad del nombre: es

un esclavo a quien, para mayor afrenta, permite Dios las insignias reales.

32. Buen rey y malos ministros es cosa dañosa a la república; y hubo árabe que tuvo opinión que era mejor mal rey y buenos ministros.

33. Los necesitados no han de buscar al rey ni a los ministros; esa diligencia, su necesidad ha de tenerla hecha; los ministros y los reyes han de salirles al camino; ese es su oficio, y consolarlos y socorrerlos, su premio.

34. Para saber si gobierna Satanás una república no hay otra señal más cierta que ver si los menesterosos andan buscando el remedio, sin atinar con la entrada a los príncipes.

35. El rey es camino, verdad y vida. ¿Cómo podrá ser que el camino siga al caminante, debiendo el caminante seguir el camino?

36. El rey que es camino y verdad, es vida de sus reinos; el que es descamino y mentira, es muerte.

37. Rey adiestrado, es ciego, enfermedad tiene, no cargo; bordón es su cetro; aunque mira, no ve.

38. De ninguna manera conviene que el rey yerre; mas, si ha de errar, menos escándalo hace que yerre por su parecer que por el de otro.

39. Nada ha de recelar tanto un rey como ocasionar desprecio en los suyos; y éste, sólo por un camino le ocasionan los reyes, que es dejándose gobernar.

40. Un rey cruel es rey cruel, y así en los demás vicios; mas un rey falto de discurso y entendimiento, ni sería rey, ni hombre, y el desprecio le hallaría semejante a cualquier afrentosa comparación.

41. Nada ha de disimular tanto un príncipe como el tener necesidad en todo de advertencia y haber de decir siempre: "Llevadme y guiadme; yo iré tras de vosotros".

42. Mire vuestra majestad los que llevan a los reyes adónde los llevan: al templo para que se despeñen, al monte para que los adoren; todo al revés y todo a su propósito.

43. La tolerancia muestra que los corazones de los reyes son de peso y sólidos.

44. Castigar la culpa no es lo mismo

que destruir los delincuentes. Quien los destruye es desolación, no príncipe.

45. Fácilmente se prescriben en el mundo horribles castigos para delitos ajenos.

46. Más se deben guardar los monarcas de los que tienen en su casa que de aquellos que les niegan las suyas.

47. Muchos quieren que el rey asuele las casas de los otros, mas ninguno la suya ni las de los suyos.

48. Toda la salud del gobierno humano está en que los príncipes y monarcas afirmen su cara al lugar de la obligación.

49. Los tiranos que ha habido, los demonios políticos que han poblado de infierno las repúblicas, han acostumbrado a los príncipes a no comer nada sin comerlo con vasallos. Todo lo guisan con sangre de pueblos; hacen las repúblicas pan que necesariamente acompaña todas las viandas.

50. Quien debe la majestad a las anticipaciones del parto y a la primera impaciencia del vientre, mucho hace si se acuerda, para vivir como rey, de que nació como hombre.

51. Pocos tienen por grandeza ser reyes por el grito de la comadre. Pocos, aun siendo tiranos, se atribuyen a la naturaleza; todos lo hacen deuda a sus méritos.

52. Lleva el vasallo el peso del rey a cuestras, como las armas, para que le defienda, no para que le hunda. Justo es que recompense defendiendo el ser llevado y el ser carga.

53. Hay muchas diferencias de mal de ojos en los reyes. Quién les aparta o esconde lo que convenía que viesén, los ciega. Quien les aparta la vista de su obligación, les sirve de cataratas. Quien no quiere que miren y vean a otro sino a él, les sirve de venda que les cubre los ojos para todos los otros.

54. En las repúblicas del mundo, los acusadores embriagan de tósigo los oídos de los príncipes; son lenguas de la envidia y la venganza; el que los oye, se aventura; el que los cree, los empeora; el que los premia, es peor que ellos.

55. Admiten acusadores de miedo de las traiciones, no pudiendo faltar traidores donde los acusadores asisten, porque

son más los delincuentes que hacen que los que acusan.

56. El silencio no está seguro donde se admiten delatores que empiezan la murmuración de los príncipes para ocasionar que otros la continúen.

57. Los reyes y monarcas que se engolosinan en la tiranía, es forzoso crean cuanto les dicen los acusadores, porque saben el aborrecimiento que merecen de los suyos, y así, les compran su desasosiego y les premian sus afrentas, que de ellos no oyen ni creen otra cosa.

58. Donde los acusadores tienen valimiento en sigilo, se infaman con los castigos de los delitos sin delincuentes, y temen los príncipes hasta las señas de los mudos y los gusanos de los muertos.

59. ¡Ay, si tuvieran voz los arrepentimientos de los monarcas que yacen mudos en el silencio de la muerte, cuántos gritos se oyeran de sus conciencias!

60. ¡Cuántas querellas fulminaran de sus ministros, que si no se llaman fariseos y escribas lo saben ser!

61. Ninguna cosa envilece tanto a la majestad, ni enferma a la justicia, como

permitir que los que asisten a los reyes prohiban y reprueben lo que otros hacen porque no viven con ellos, porque no siguen sus pisadas, porque no les imitan.

62. No se ha de inclinar el príncipe sólo una vez a la clemencia, sino muchas. ni le han de mudar de su inclinación con su malicia los malsines y delatores.

63. No es pueblo muy poderoso el que yace en rematada pobreza; es carga, es peligro, es amenaza, porque la multitud hambrienta ni sabe temer ni tiene qué.

64. El reinar es tarea; los cetros piden más sudor que los arados, y sudor teñido de las venas; la corona es peso molesto que fatiga los hombros del alma primero que las fuerzas del cuerpo; los palacios para el príncipe ocioso son sepulcros de una vida muerta, y para el que atiende son patíbulo de una muerte viva.

65. Quien os dice, señor, que desperdiciéis en la persecución de las fieras las horas que piden a gritos los afligidos, ése, más quiere cazaros a vos que no que vos cacéis.

66. Preguntad a vuestros oídos si son bastantes para los alaridos de los reinos,

para las quejas de los agraviados, para las demandas de los méritos, y veréis por cuántas razones vuestro sagrado oficio desahucia los espectáculos que os tengan por auditorio hipotecado a sus licenciosas demasías.

67. Quien descansa con un vicio de una ocupación, ése descansa la envidia de los que le aborrecen, la codicia y ambición de los que le usurpan, la traición de los que le engañan.

68. Señor, los monarcas sois jornaleros: tanto merecéis como trabajáis. El ocio es pérdida del salario, y quien, descansando así, os recibió en su viña por obreros, mal os pagará el jornal que él ganó así, si así no le ganáis.

69. Rey que elige ministro, si sale ruin y le depone, hizo ministro quien la ocasión hizo ruin; y si le sustenta después de advertido de sus demasías, ése no hizo ministro que se hizo malo: antes al malo, porque lo era, le hizo ministro.

70. Los reyes deben saber lo que les conviene, y no se han de contentar de saber lo que otros quieren que sepan.

71. Una cosa es oír a los que asisten a

los príncipes, y otra a los que sufren o padecen a esos tales.

72. Miren los reyes a todos las manos, y verán si se sustentan con las suyas o con las de los otros, y también conocerán si entran por la ventana o por la puerta, pues los que entran por la puerta entran andando, y los que entran por otra parte, suben arañando y sus manos son sus pies, y las manos ajenas, sus manos.

73. El que os encomendó los pueblos, os ha de tomar estrecha cuenta de ellos; si os hacéis dueños con resabios de lobos, si os puso por padre y os introducis en señores, lo que puede ser oficio y mérito hacéis culpa, y vuestra dignidad es vuestro crimen.

74. Cuando se junta con la humillación del príncipe la soberbia abatida y emponzoñada del criado, engendran plagas, producen langostas. El hijo de esta bastardía tan alevosa es el azote de la tierra, el despojo de los pobres, la ruina de los reinos.

75. La primera virtud de un rey es la obediencia. Ella, como sabedora de lo que vale la templanza y moderación, dis-

pone con suavidad el mandar en el sumo poder.

76. No es la obediencia mortificación de los monarcas, que noblemente reconocen las grandes almas vasallaje a la razón y a las leyes. Quien a éstas obedece, bien manda, y quien manda sin haberlas obedecido, antes martiriza que gobierna.

77. Obedecer deben los reyes a las obligaciones de su oficio, a la razón, a las leyes, a los consejos, y han de ser inobedientes a la maña, a la ambición, a la ira y a los vicios.

78. Son cosas contrarias obedecer el rey al siervo, y cuando se ve, es un monstruo de la brutalidad que produce el desatino humano para escándalo de las propias bestias.

79. ¡Cuánto padece de calamidad el orbe con las hostilidades injustas que por tantos lados turban su paz, alentadas por el enemigo común con el soplo vivo de la que llaman razón de Estado, ambición y venganza, para la desolación de las repúblicas!

80. No se ha de hacer mercedes a los que con ellas se desvanecen y se confían.

Esos, de la luz hacen rayo que les parte.

81. Si un príncipe quiere saber las fieras que se emboscan en la felicidad de los que mal le asisten, hágales unos días sombra, retíreles algunas veces sus rayos, déjeles (aunque sea por muy poco tiempo) a oscuras, y verá en qué sabandijas desperdiciaba sus luces y cuánta más verdad debe a sus noches.

82. No importa tanto apartar los que se allegan como los allegados; si son buenos, no por eso el príncipe los pierde; si malos, por eso no le pierden.

83. Quien ve que siempre tiene a uno y cree que siempre le tendrá, siempre le tendrá en poco. No se debe volver las espaldas a los enemigos, que es infamia; mas pueden volverse a los amigos, por ser cordura.

84. Yo escribo a príncipes porque escribo de príncipes. Entretenerlos en cuentos es pecar contra la comodidad pública; cúranse sus achaques con las quintaesencias, no con los cocimientos.

85. Quitar el reino y dejar vivo al rey es una cruel piedad con la cual los tiranos muchas veces se engañan a sí mismos.

86. Al reino conviene la piedad, porque es voluntaria; al tirano, la crueldad, porque es violento.

87. El tirano se ríe de todo aquello que no es en su interés; teme más el poder de los hombres que el de Dios; de otra manera, no procura acreditarse de lo uno con la crueldad que mayormente irrita lo otro.

88. No pueden los hombres vivir felices si no viven seguros. Por esto se fabrican ciudades, se aceptan los príncipes, se toleran las imposiciones. Los antiguos idólatras, entre los dioses colocaban a aquel que les aseguraba su ocio.

89. Es el tirano a todos los hombres aborrecible. El levanta sobre las columnas del miedo la máquina del Estado. Nacen los precipicios del no temer y del no ser temido; le desmorona y deshace la confianza, y no le asegura el espanto.

90. Muchas veces, donde entiende amedrentar los corazones, los anima; porque el mayor de los atrevimientos es hijo del mayor de los temores. Los discursos contra él son peligrosos; los homicidios, seguros.

91. Es fácil de conseguirse aquella acción que no tiene otra cosa terrible que el hecho. Sería más fácil matar al príncipe bueno, si no fuese más peligroso el haberle muerto.

92. Sería mayor peligro matar al tirano, si no tuviera menor peligro quien le dió la muerte. Quien no se acerca al hecho por venganza, se llega por gloria. Ninguno se declara enemigo de quien le mató, porque ninguno quiere ser tenido por amigo del que fué muerto.

93. El esperar el reino de la muerte de otro, o impide las glorias, o las retarda; se enfrían los espíritus con la edad, y en la vida de los padres, muchas veces, por vivir seguros, conviene vivir quejosos.

94. El reino no se debe desear si junto consigo no trae la gloria. La gloria es de aquellos que la adquieren con trabajo, no de aquellos que de la mano ajena la reciben.

95. Son desdichados los hombres de valor que nacen dichosos, porque el heredar monarquías impide la gloria de conquistarlas.

96. El buen monarca, mejor merece

reverencia y amor por lo que padece por los suyos que por lo que puede en ellos.

97. El que hace lo que debe y lo que le es lícito, hace lo que todos desean; quien lo que se le antoja, lo que desea él solo.

98. Los malos y detestables tiranos siempre fueron pródigos y perdidos, creyendo que con el afeite de las dádivas grandes cubrían la fealdad de sus costumbres, y, quedando ellos pobres, a nadie hicieron rico.

99. Lo que dan es premio de maldades; lo que quitan, envidia y venganza de virtudes, y así quedan éstos con derecho a la restitución, y aquéllos, al castigo.

100. Si no se mira a quién se da, más se pierde dando que perdiendo; piérdese la cosa sola que se pierde, y si no se sabe dar, se pierde lo que se dió y el hombre a quien se dió.

101. Mírese a quién se da, y muchas veces se quitará al que pide; que, si no se mira eso, es dar a ciegas.

102. Hay tiranos de dos maneras: unos, pródigos de la hacienda suya y de la república, por tomarse para sí no sólo el poder que les toca, sino el de las leyes

divinas y humanas. Otros son miserables en dar caudal y dineros y son pródigos en dar de sí y de su oficio, y pasan a consentir que les tomen y quiten su propia dignidad por no perder un instante de ocio y entretenimiento.

103. Ha de dar el rey premio y castigo; mejor diré que ha de pagar el premio y ejecutar el castigo, porque son dos cosas en que el rey no ha de tener arbitrio, ni otra voluntad que las balanzas de la justicia en el fiel.

104. Hay otro peligro, casi inevitable para los príncipes, enmascarado de virtud y desinterés, tan a lo vivo fingido, que hay pocos que le conozcan por quien es y que no le admiten por lo que miente. Esto es: hombres que ni piden ni reciben nada, porque aspiran a tomarlo todo.

105. No ha de dar el rey los premios y las grandes mercedes medidos por el número de los años y tiempo que le han servido, sino por calidad y peso de los servicios, por las circunstancias del lugar y de la ocasión.

106. Si de lo mucho que se pudiese se da lo poco que se puede, es dádiva fecun-

da que luce y aprovecha. Y al vasallo le sucede lo que a la vid, que, quitándole la poda lo superfluo, se fertiliza, y si la arrancan, llevan mucho más, pero la destruyen para siempre.

107. Pida el rey tributos para dar defensa, paz, descanso y aumento; no pida a todos para dar a uno, que es hurto; no pida a unos para dar a otros, que es engaño; no pida a los pobres para dar a los ricos, que es locura delincuente; no pida a ricos y a pobres para sí, que es baja.

108. Bien mereció castigo el que privó disminuyendo al rey y creciendo él; su patrimonio es la horca; sogas y cuchillo son el estipendio de su desvergüenza.

109. Saben muchos dar a otros los reinos, y no saben sufrir el rey. Muy trabajosa cosa es obedecer a aquel que por ocasión del mismo manda.

110. Son incompatibles la libertad y el principado; o no se hallan juntas jamás, o no duran.

111. La libertad media es madre del tirano, que no pudiéndose tolerar mientras le es quitada violentamente, le fuerza violentamente a reinar. Por vivir quieto,

conviene totalmente ser libre o totalmente servir.

112. No hacen los príncipes mayor yerro que cuando muestran que pueden ser ofendidos. Sólo lo posible es objeto de la voluntad, y no nos movemos a desear aquello que es imposible de alcanzar. Siempre se ha de conservar el temor, pero jamás se debe mostrar.

113. Quien estorba que hurte su ministro, guarda su ministro y su hacienda. Quien le deja hurtar, pierde su hacienda y su ministro.

114. Los tiranos son tan malos, que las virtudes son su riesgo. Si prosiguen en la violencia, se despeñan; si se reportan, los despeñan.

115. De tal condición es la iniquidad del tirano, que la obstinación lo edifica y la enmienda lo arruina.

116. Su medicina se cierra en este aforismo: o no empezar a ser tirano, o no acabar de serlo, porque es más ejecutivo el desprecio que el temor.

117. Más provechoso es al príncipe el que le da cuidado que el que se lo quita; porque, siendo cuidado el reino,

le quita el reino quien le quita el cuidado.

118. Mucho importa a los monarcas no admitir con nombre de arbitrio que socorre el despojo que necesita, ni con nombre de ampliación del poderío la disminución de él.

119. El ostracismo tuvo por virtud el desterrar la virtud en eminente grado. Era el destierro canonización; causábale el exceso del mérito; no temía la bondad, sino el séquito que merecía.

120. La libertad se perpetúa en la igualdad de todos y se amotina en la desigualdad de uno.

121. No es fuera de propósito que unos miembros se quejen por otros. Del rey, que es cabeza, son miembros los vasallos. Cuando los vasallos se quejan, el rey les duele.

122. Hay quien pone la corona en la cabeza para quitar la cabeza con la corona.

123. En la cabeza de la estatua de César fué su ruina una diadema; en los pies de la estatua de Nabuco, una guija; de pies a cabeza sois peligrosos. Honra añadida, enferma la cabeza, que sois vosotros; pequeño golpe de cosa pequeña, os

deshace los pies, que son vuestros vasallos. Según esto, vuestro cuidado ha de ser no consentir para vosotros demasiada grandeza, ni para ellos aun pequeño golpe.

124. No hay tirano con quien no acaben, si se juntan, uno que aborrece la tiranía por su naturaleza y otro que la aborrece por la razón. Aquél incita, y éste ordena; el uno es entendimiento de la inclinación del otro.

125. Cuando, por los desórdenes de algún príncipe, se muestra el pueblo descontento, peligran los buenos y los sabios entre las quejas de la gente y los espías y acusadores que el tirano trae mezclados en todos los corrillos.

126. El que se encarga de acusar para que el tirano estime su maña y la tenga por mayor que la prudencia del recatado, no refiere lo que dijo delante de él, sino lo que quería que dijese.

127. En los grandes movimientos de las repúblicas y reinos hacen oficio de adivinos los desocupados maliciosos, y de astrólogos, los mal contentos que atienden.

128. No todo lo que se calla y se

descubre es falta de secreto, sino muchas veces sobra de malicia ajena.

129. Los monarcas, más peligran en lo que creen que en lo que dudan, porque esto aguarda el consejo que busca y aquello sigue el que le dan.

130. Sepan temer los reyes, y sabrán vivir; no les da veneno quien no les da de beber; no les hiere quien está apartado; no les engaña quien no les aconseja. El campo de su batalla es su palacio.

131. Bien puede haber puñaladas sin lisonja, mas pocas veces hay lisonja sin puñalada. Pocos tienen a la adulación por arma ofensiva, y menos son los que no la padecen. Es matador invisible a la guarda de los monarcas, pues éntrales la muerte por los oídos envainada en palabras halagüeñas.

132. Las caricias en los palacios hacen traiciones y traidores, y cuando son menos malas, son prólogos de la disimulación. Tan desnuda anduviera la mentira como la verdad, si la lisonja no la vistiera de todos colores.

133. No puede ser mayor ignorancia que preguntar uno lo que ve. Este es el

riesgo de los monarcas, que ni conocen los matadores cuando los matan, ni la muerte estando muriéndose.

134. Achaque es de la majestad descuidada preguntar al que le destruye y no creer al que le desengaña. Si los reyes preguntaran a sus heridas y no a los que se las dan, tuvieran noticia de su defensa.

135. Es la liberalidad tan magnífica virtud en los monarcas, que el pueblo no sólo trueca a ella la libertad, sino que también al tirano liberal le aclama por príncipe justo, y al príncipe, en todas las demás virtudes excelente, si es avariento, le aborrece por tirano.

136. La justicia, y la clemencia, y la valentía, y la honestidad y templanza son virtudes que el pueblo alaba pocas veces universalmente, porque la venganza y la envidia y las malas costumbres de los más de los populares desean al príncipe para otros cruel, para sus introducciones deshonesto y para las atenciones de su maña cobarde.

137. La liberalidad sazona todas las acciones del príncipe; es realce de lo bueno y disculpa de lo malo; absuelve las

acusaciones en su vida y granjea las lágrimas en su muerte.

138. Al príncipe justo, honesto y valiente, si le sucede otro que lo sea, no se echa en menos. Al príncipe liberal le echan menos siempre, porque las necesidades presentes acuerdan de las que socorrió el antecesor, y las socorridas se adelantan a las que puede socorrer el que reina.

139. ¡Miserable estado el de los príncipes, que si no oyen las acusaciones no pueden vivir, y si las oyen, no les dejan que vivan!

140. Más conjuras hace el que las cree que quien las traza; muchas se castigan, pocas se evitan.

141. Tan mal efecto han hecho traiciones castigadas como puestas en ejecución y cometidas. Y las historias dicen que aún le han hecho peor, añadiendo a la traición primera la venganza de ella con la última.

142. Más debilita a los reyes lo que toman que lo que gastan, y así se echa la culpa a la guerra de lo que peca la paz entrometida y desapoderada.

143. El rey que no asiste a su defen-

sa, disculpa a los que le asisten; con razón castiga a quien le imita, y contra lo que fué maestro no puede juez, ni castigar lo que de su persona aprenden los que para desamparar su defensa le obedecen maestro.

144. Quéjense de los tiranos más los que reciben beneficios que los que padecen castigos, porque el beneficio del tirano constituye delincuentes y cómplices, y el castigo, virtuosos y beneméritos.

145. El tirano, por miseria y avaricia, es fiera; por soberbia es demonio; por deleites y lujuria, todas las fieras y todos los demonios.

146. Nadie se conjura contra el tirano primero que él mismo; por esto es más fácil matar al tirano que sufrirlo.

147. El beneficio del tirano siempre es funesto; a quien más favorece, el bien que le hace es tardarse en hacerse mal.

148. Del tirano que se come los que tiene debajo de su mano, nadie espere otro favor sino ser comido el último.

149. Quien te ha de comer después de todos, te empieza a comer en todos los que come antes; más tiempo te lamentas

vianda del tirano cuanto más tarda en comerte.

150. Muchos vasallos y ministros hay que no solicitan para sí las prerrogativas y regalías de sus príncipes; pocos que, si los tientan con ellas, no las admitan agradeciéndolas a la lisonja.

151. Los príncipes soberanos que desde su lugar superior miran a todos, están en cumbre donde no alcanzan la envidia ni el miedo, que son interesados asesores.

152. La amistad de los reyes entre sí es como la de los elementos, que siempre se abrazan con una calidad y se destruyen y combaten con otra; esto les viene de que ellos son los elementos políticos que presiden a la composición de las repúblicas, que se componen de su paz y se destruyen con su discordia.

153. Ningún rey predomina, que no sea enfermedad de los otros. La salud común es igualdad; pero es raro que alguno se contente con ella.

154. Más sospechoso es el rey vecino que el apartado, porque en éste lo está el reino, y en aquél, el ánimo.

155. Casamientos y parentescos de

príncipes disimulan discordias; no las reconcilian, y las asistencias, en vez de obligar, irritan.

156. El tirano que se apropia lo que no le corresponde, ¿qué es, más que escándalo en lo que vive, insolencia en lo que logra, infamia en lo que adopta e irrisión incansable en la posteridad?

157. El príncipe libra en el informe de sus ministros el acierto de sus determinaciones; los tiene elevados y constituídos en tan distinguidos empleos para que en cuanto sea de su inspección observen únicamente las inspiraciones y preceptos de la justicia y equidad.

158. Si a éstas faltan en lo que informan, el príncipe no es responsable de lo que determina, aunque no sea justo, porque cree, como debe, que no obran aquéllos sino con arreglo a lo que dicta la razón, para lo que únicamente los mantiene y hace de ellos aquella grande confianza que pide el cargo de un vasto gobierno.

159. La satisfacción que toma el grande, siendo cobarde, de la ofensa que supone le hace el noble, nunca será con la

espada, sino con la vileza; no a fuerza de lo que influye el espíritu al que le tiene, sino con lo que dicte la villanía y la traición.

160. Mientras más se quiere conocer al tirano, se está más lejos de conocerlo, pues es tal tiranía, que cada instante reproduce crueldades nuevas con las que desfigura el concepto que se había formado con las pasadas.

161. El que con rigor injusto gobierna, teme a los mismos que por él tiemblan, porque recae sobre su causa este temor.

162. La mayor corona siempre remata en cruz. No hay en esta vida quien de la suya escape. Aun las bendiciones de un padre no se dan sin cruz, y a más bendiciones, más cruces.

163. Es imposible se observe la rectitud donde vive la malicia, porque el pastor loco no puede dirigir el ganado sino al precipicio.

164. La mancha que en el sayal tosco no se advierte, suele ser suma falta en el brocado.

165. Es cada estatua de los mayores un consejo de bronce por lo eterno y efi-

caz de su persuasión, pues no tanto atestigua lo que hizo el muerto como lo que debe hacer el vivo.

166. Las recomendables glorias de los pasados son monstruosos lunares para los presentes que las heredaron, si corresponden a ellas degenerando de su grandeza o distrayéndose de la obligación que al heredarlas les cargaron.

DE LOS MINISTROS

Entre doce ministros de Cristo, este uno ministro tocó en la hacienda del topó de purificación y murió ahorcado.

1. Ladrón es, talegones trae; lo que le dan, se lleva. Para los pobres pide, y pidiendo para ellos hace pobres y se hace rico.

2. Si no queréis que os vendan, no tengáis ministros dispenseros que tengan bolsones y tomen lo que se da, ni tengáis por consultor al ladrón.

3. No hay bondad sin achaque, no hay grandeza sin envidia. Si es bueno el valido, o no lo parece o no lo quieren creer, y aunque en público claman todos por la verdad y por la justicia y por la virtud, quieren la que les esté bien, y fuera de sí ninguna tienen por tal.

4. Señor: al ministro insolente, porque se descuida, se le ha de reñir, y donde se descuida.

5. Entre doce ministros de Cristo, aquel cuyo ministerio tocó en la hacienda fué hijo de perdición y murió ahorcado.

6. Quien aconseja mal, sea maldito y, como arrastraba a los demás, ande arrastrado. Esto hizo Dios y esto manda.

7. El mal ministro acredita los delitos y disculpa los malhechores; el bueno escarmienta y enfrena las demasías.

8. Señor: los malos ministros y consejeros tiene el demonio ciegos para el gobierno, mudos para la verdad y sordos para el mérito; sólo tienen dos sentidos libres, que son olfato y manos.

9. Sean ministros los que hiciere huérfanos la justificación y viudos la piedad y solos la virtud, aunque la naturaleza lo dificulte.

10. Sólo es buen ministro quien derechamente mira a los necesitados. Quien da al poderoso, compra y no da; mercader es, no dadivoso; logro es el suyo, no servicio; más pide dando que pidiendo, porque pide obligando a que le den.

11. Quien pide para el que manda, toma para sí; cautela es, no caridad; no sabe lo que dice, y el mejor remedio es saber lo que con él se ha de hacer.

12. De los ministros que con afectación se le mostraren muy celosos de su

reposo y descanso, tenga vuestra majestad más sospecha que satisfacción, y esté cautelado contra este género de amor, que peca en trampa contra la autoridad.

13. No es criado ni ministro del rey el que afecta la grandeza en tal manera que, no sólo es igual a su rey, antes superior; éste es envidioso de la corona, émulo del poder, tirano criado a los pechos del favor y alimentado y crecido por la soberbia del desconocimiento y la codicia.

14. ¡Qué pocos ministros saben hacer desdenes al oro y a la plata y a las joyas! ¡Qué pocos hay esquivos a la dádiva! ¡Qué pocas dádivas hay que sepan volver por donde vienen!

15. No hay que fiar de ministros muy preciados de limpios de manos. Pilato lo persuade y desengaña a todos.

16. Ladrones hay que hurtan con los pies, y con la boca, y con los oídos, y con los ojos.

17. Si miran a los pies a los que en público se precian de limpios de manos, muchas veces en sus pasos y veredas se conocerán las ganzúas, y en sus idas y venidas, los robos.

18. Quien remite a otros que vean lo que él solo tiene obligación de ver, nada acierta. Quien ahorra su vista y, por no ver, manda que otros vean por él, los que le obedecen le ciegan.

19. Ministro inclinado a ventas, no parará hasta que la de su señor sea la postrera.

20. Frecuentemente, los ministros aprendices de los fariseos y escribas, por hartar su venganza, por satisfacer su odio en el valeroso, en el docto, en el justo, mezclan en su calumnia el nombre del rey; fingen traición, publican rebeldía y enojo del príncipe, donde no hay uno ni otro, para que el rey sea causa de la crueldad que no manda y de la maldad que no comete.

21. Hacen traidores a aquellos que les pesa de que sean leales, y ruines vasallos a los que no quieren dejar de ser vasallos leales y bien obedientes.

22. Mucho debe importar al rey el buen criado y ministro, que le ha de servir y darle a conocer, preparar sus caminos y enderezar sus sendas.

23. Ha de ser el ministro luz partici-

pada; no ha de tomar la que quiere, sino repartir la que le dan.

24. Ha de ser el buen ministro luz encendida; mas no se ha de poner ni sepultar debajo del celemín para alumbrar sus tablas solas y sus tinieblas, sino sobre el candelero. Disposición es evangélica.

25. Ha de ser vela encendida que a todos resplandece y sólo para sí arde; a sí se gasta y a los demás alumbra.

26. El ministro que para todos fuese fuego y para sí solo luz que, alumbrándose a sí, consumiese a los otros, sería incendio, no ministro.

27. El ministro que con la multitud del séquito que puebla su poder deja la majestad de su señor, con desprecio de sus vasallos, deshabitada, ése no es la voz que clama en el desierto, sino rumor que grita y roba en poblado, y su príncipe, mudo, y su palacio, yermo.

28. ¡Oh, señor, cuánto conviene más que muera el ministro por haber dicho al rey lo que no debe callar, que no que muera el rey porque le calla lo que le debía decir!

29. Nazca de su virtud el ministro;

conozca que le engendró el mérito, no el padre; tenga por hermanos los que más merecieren; por hijos, los pobres.

30. Ministros, allegados y confesores, que son caminos sin verdad, son despeñaderos y sendas de laberinto que se continúan sin diferencia en ceguedad y confusión.

31. Los ministros han de ser tratados del príncipe soberano como la espada, y ellos han de ser imitadores de la espada con el príncipe. Este los ha de traer a su lado, ellos han de acompañar su lado.

32. Los que estiman su persona y su vida, no sólo miran que la espada sea de buena ley, sino que la prueban, por si salta de vidriosa o se queda blanda, lo que resulta del mal temple.

33. Resbaladizo camino es el manejo del Estado. Basta una sola acción mala para hacer despeñar a un príncipe que se halla ennoblecido con muchas buenas.

34. Los ministros de los reyes no han de comer otra cosa sino langostas. Este animal consume las siembras, destruye los frutos de la tierra, introduce el hambre y esteriliza la abundancia de los campos;

destruye los labradores y remata los pobres. El alimento del ministro ha de ser estas langostas; éstas ha de comer, no las cosechas, no los frutos de la tierra, no los labradores, no los pobres, sino a los que se los comen y arruinan; porque el ministro que no come esta langosta es langosta que consume los reinos.

35. Toda la fidelidad de un privado está en negarse a sí las venganzas, las codicias, las medras, los robos, las demasías, la adoración, y en negándose esto a sí mismo va detrás de su señor y no le va arrastrando tras de sí.

36. La causa única de las inadvertencias de los criados preferidos para con sus señores es persuadirse que siempre han de vivir para ellos y que nunca les pueden faltar.

37. El buen gobernador que sucede en una ciudad o provincia a otro que lo fué malo es bueno y dichoso, porque, siendo bueno, sucede a otro que le hace mejor.

38. El que gobierna bien la ciudad que otro gobernó mal, la gobierna y la restaura.

39. Hay siempre en las repúblicas

unos hombres que con sólo un reposo dormido adquieren nombre de políticos, y de una melancolía desapacible se fabrican estimación y respeto; hablan como experimentados y discurren como inocentes. Siempre están de parte de la comodidad y del ocio, llamando pacíficos a los infames, y atentos a los envilecidos, y son tan malos, que sólo es peor el que les da crédito.

40. Arruinan a un monarca los consejeros malos y culpan a la fortuna, con lo cual son homicidas.

41. Para consejeros de Guerra y Estado sólo sean suficientes y admitidos los valientes y experimentados; sea prerrogativa la sangre, o vertida, o aventurada; no la presuntuosa en genealogías y antepasados.

42. Ministro que a costa de sus afrentas no defiende la autoridad de su príncipe, en cuanto le sirve le ofende.

43. Ministro que quiere para los otros las cárceles y las afrentas y para sí solo la salud, la medra y el descanso, con buen nombre es mal verdugo.

44. Muchos grandes ministros he vis-

to en mis días condenados por los que pusieron en puestos y por las mismas cosas que les aconsejaron que hiciesen, acaso para tener que acusarlos por haberlas hecho.

45. Cualquiera que sustenta al señor con la sangre de sus vasallos, no es menos cruel que sería el que sustentase a un hambriento dándole a comer sus mismos miembros y entrañas, pues con lo que le mata la hambre le mata la vida.

46. Poner los tributos para que los paguen los vasallos y los embolsen los que los cobran, o gastarlos en cosas para que no se pidieron, más tiene de engaño que de cobranza, y de invención que de imposición.

47. Conociendo algunos ministros y privados la satisfacción con que los reales oídos atienden sus dictámenes y consejos, dan aquellos que les influye su venganza, no los que les dicta la justicia, y de este modo truecan el orden de la rectitud y se observa sólo el orgullo de la desolación.

48. Y siendo ellos los que originan los perjuicios, es al rey a quien atribuyen la culpa. Haya privados, haya ministros,

que no puede el monarca vivir sin ellos; pero sean buenos, para que el pueblo no juzgue al rey malo.

49. El primer esmalte del que gobierna es la humildad en el trato y en las providencias, porque esta poderosa virtud roba los corazones de todos.

50. No hay cosa más atractiva que la afabilidad en los ministros y en todos; pero en aquellos con mucho más motivo. La aspereza y el rigor, después de ser públicos sus delitos, ¿qué han de procrear sino horror, aversión y deseos de ruina?

51. Necio es quien se asegura tanto de sí mismo, que, sin temer su caída, a todo se presenta airado; porque hasta llegar al puerto vive expuesto a una tormenta el bajel.

52. En no sabiendo regir con prudencia los bienes cuando se alcanzan, son nuevos males que como enemigos ofenden.

53. Debe el ministro meditar que si a veces el hacer bien a uno origina peligros, muchos más podrá causar el hacer mal a tantos.

54. No consiste el tener ministros y

privados en tenerlos, sino en saber elegirlos. Un buen valido puede hacer bueno a un mal rey; pero un mal privado, a un buen rey lo hará malísimo.

55. A los ministros y privados en quienes deposita el príncipe las confianzas más grandes de su imperio, les censuran los hombres los delitos más pequeños.

56. Pecan una vez, como todos, porque pecan; y porque abusan de su alto carácter, pecan otra vez.

57. Una cosa es aconsejar y otra engaitar.

58. Tomar el rey el consejo, es cosa de libre juicio; que se le hagan tomar, es señal de voluntad esclava.

59. El buen ministro propone y el buen rey elige; mas el rey dejado de sí propio, obedece.

60. La fortuna de los que en palacio medran tanto como mienten, no tiene más larga vida que hasta topar con la verdad. Son éstos sabrosa y entretenida perdición de los reyes.

61. ¡Gran primor de los ministros que aseguran su medro entreteniendo, no

echando al demonio de su príncipe! Para tan grande mal, dijeron que por médicos se buscase un bailarín, un músico; no que le sacase el espíritu, sólo que con la voz y las danzas le aliviase un poco.

62. La medra de muchos criados es el demonio entretenido en el corazón de sus dueños.

63. Quien al lado de los reyes atiende al descanso del rey y a su comodidad, ése el mal ladrón es.

64. Quien al rey quita la fatiga y el trabajo de su oficio, mal ladrón es, porque le hurta la honra y el premio y el logro de su cargo.

65. Los ministros y príncipes facinerosos, buscan la virtud más calificada para tener que profanar en servicio de los que han menester. Y con ser invención antigua, cada siglo parece que empieza; no lo encareciera en decir que cada día.

66. Los artífices de la maldad suelen extender el poder de sus príncipes hasta que, de puro delgado, le pueden llevar donde quisiere su resuello.

67. Hacer un privado poderoso, rico, es mostrar el poder; conservarle, es acre-

ditar juicio; deshacerle, es desdecirse y darse a partido con los mal contentos.

68. Plauciano favorecido que fué de Severo, a quien despeñó por una ventana para que fuese espectáculo del pueblo, decía: "Fuí cohete, subí aprisa y ardiendo y con ruido en lo alto, me calificó por estrella la vista; duré poco y bajé desmintiendo mis luces en humo y ceniza."

69. ¿Es posible, príncipes, que todos vuestros validos han sido malos? Peor es en vosotros ser verdugos de los yerros de vuestra elección que nuestras desgracias.

70. El favor de los príncipes es azogue, cosa que no sabe sosegar, que se va de entre los dedos, que en queriendo fijarle se va en humo; cuanto más le subliman es más venenoso, y de favor pasa a solimán; manoseándolo se mete en los huesos, y el que mucho le comunica y trabaja por sacarle, queda siempre temblando, y anda temblando hasta que muere, y muere dél.

71. Ministro que alienta odios, en su pecho guarda víboras.

DE LA GUERRA Y DE LA PAZ

1. Una cosa es en los soldados obedecer órdenes y otra seguir el ejemplo. Los unos tienen por paga el sueldo; los otros, la gloria.

2. No puede un rey militar en todas partes personalmente; mas puede y debe enviar generales que manden con las obras y no con la pluma.

3. Es tan noble y tan ilustre la paz, que tiene por solar el cielo, que descien- de de él; se ve en los ángeles que bajaron del cielo a publicarla en la tierra a los hombres. Estos en paz imitan vida de án- geles. La tierra pacífica estado es de bien- aventuranza.

4. En el mundo se usa mucha paz de Judas, enmascarada con el beso de su boca. Las señas de ésta son que se padece y no se goza; que se ofrece y no se da.

5. El ministro que aconseja que para conservar en paz los vasallos los despojen, los desuellen y los consuman, ése Judas

es, y la suya, paz de Judas; con la boca más chupa sanguijuela que besa reverente.

6. Destruir los pueblos con achaque de que los enemigos los quieren destruir, es adelantar los enemigos, no contrastarlos ni prevenirlos. Es no dejarlos qué hacer ni qué deshacer.

7. En la obediencia está la paz de todas las cosas: a Dios primero, a la razón y a la justicia. No hay guerra sin la inobediencia a una de estas tres cosas, a que persuaden otras tres: impiedad y pecado, apetito, soberbia ambiciosa.

8. El sueño es la puerta abierta a la guerra y a la cizaña; el desvelo, a la paz y seguridad.

9. Quien hace liga con príncipe distante, prevéngase a quejarse de sí, si viene después que le hubo menester; y si no viene, de él y de sí.

10. Muchas plazas se han perdido en muchas ocasiones, y por ellas batallas de mar y tierra, sólo por llevar o no la vanguardia, tener éste o aquél puesto, lado izquierdo o derecho y sobre quién ha de dar las órdenes y a quién toca mandar. Más pérdidas han determinado estas com-

petencias que el valor de los contrarios.

11. De las acciones humanas ninguna tan peligrosa como la guerra, ni de tanto daño, ni asistida de tan perniciosas pasiones, envidia, venganza, codicia, soberbia, locura, rabia, ignorancia; unas la ocasionan y otras la admiten.

12. Es muy difícil el justificar las causas de una guerra. Muchas son justas en la relación; pocas en el hecho, y la que raras veces es justificada con verdad, es más raro limpiarse de circunstancias que la difamen.

13. Los hombres juzgan de otros por lo que saben: es poco; por lo que ven: es corto; por lo que oyen: es dudoso; por felices sucesos: tiene menos riesgo, y el engaño más honesta disculpa.

14. No basta que el general vaya con los soldados, si no va delante. Más importa que yendo delante le vean los soldados pelear, que no que yendo detrás vea él pelear a los soldados, cuanto es más eficaz mandar con el ejemplo que con mandatos.

15. Más quiere el soldado llevar los ojos en las espaldas de su capitán que

traer los ojos de su capitán a sus espaldas.

16. Lo que se manda se oye, lo que se ve se imita. Quien ordena lo que no hace deshace lo que ordena.

17. Generales y cabos que gastan lo belicoso en porfiar unos con otros, al cabo son la mejor disposición para la victoria del enemigo.

18. Hombres que no quieren que mande más la necesidad del socorro que sus puntillos y la oportunidad en acometer que su presunción, en más precio tienen el entonamiento que la victoria.

19. A los que no concierta el bien público, más debe temerlos el que los envía que quien los aguarda.

20. No está la victoria en juntar multitud de hombres, sino en saber desecharlos y elegirlos. El número no es fuerza; confía y burla más que vence.

21. Muchos suelen contentarse con ser vocablo y blasón; en no los temiendo la vista, el corazón los desprecia; más dan que hacer a la aritmética que a los contrarios.

22. La multitud es confusión, y la

batalla quiere orden. Pocas veces es la fanfarria defensa, y muchas ruina.

23. Junta los cobardes el poder y descabálalos el miedo. El tímido, aunque le lleven a la guerra, no va a ella. Son los cobardes gasto hasta llegar y estorbo en llegando.

24. El que aguarda a conocerlos en la ocasión, tan necio es como ellos cobardes. Nada se les debe dar con tanta razón como licencia.

25. No sólo basta expeler del ejército los cobardes, sino los valientes que lo son por su comodidad y son achaque no menos peligroso.

26. Valientes por su comodidad sólo difieren en el nombre de los cobardes, no en los efectos.

27. Ser inútil por temor de otro o por tenerse amor a sí, no es diferente en las obras.

28. No hallarse en la ocasión por no dejar de comer, por acabarse de vestir o armar a su gusto, por no dejar de dormir algo más o por dormir desnudo, es huir sin moverse y no menos infame que corriendo.

29. Medrosos y valientes acomodados no son gente de cuenta. No ha de juntar ejércitos la aritmética, sino el juicio.

30. En los ejércitos del guarismo halla el suceso muchos yerros en las sumas, y échale fuera muchas partidas.

31. Quien pesa y no cuenta ejércitos y votos, más seguramente determina y más felizmente pelea.

32. Llevar muchos soldados y malos o pocos y buenos, es tener el caudal en oro o abreviado en el valor, o padecerle; carga multiplicada en número y peso bajo. Los bultos ocupan y la virtud obra.

33. Dos cosas son admiración en materia de guerra: la una, que siendo la gente que la sigue la que no sólo está más cercana a la muerte, sino por poco sueldo vendida a la muerte, es la que no sólo se juzga lejos de ella, sino exenta. La otra, que en las conferencias, juntas y consejos en que los soldados o los oficiales con el general tratan de cosas militares, que es frecuentemente, no se oye.

34. Capitanes y oficiales que estiman más un solo soldado suyo que todo el oro

del saco y despojo bien muestran que Dios los alienta y los conduce.

35. Consolarse de la pérdida de los soldados con el robo de los despojos, y querer antes contar un ducado más que un soldado menos, mercaderes los muestra, no capitanes, y quien de ellos se sirve, junta ladrones que hurten la victoria a los que se la dan.

36. Colgar los trofeos militares en la sepultura del que los ganó, lícito es; mas no deja de adolecer de alguna vanidad querer que en el templo blasonen sus gusanos.

37. Para que el ejército sea como conviene, es forzoso decir de qué gentes se ha de componer. Dos géneros de soldados hay: valuntarios y forzados. Estos no sólo no manda Dios que se alistén y se fíe de ellos nada; antes, que si vinieran libremente y dejaron sus tierras y casas, cosas que los pueden obligar a asistir de mala gana, que los despidan y los rueguen que se vayan.

38. Quien lleva hombres por fuerza a la guerra, lleva por fuerza la flaqueza. Quien va atado y llorando a la guerra, ¿qué hará en la guerra?

39. Quien se sirve en los ejércitos de hombres viles contra su voluntad, sólo una cosa puede hacer contra su enemigo, y es que la victoria que de sus gentes alcanzare no sea ilustre.

40. De mejor gana lleva un ganapán y un pícaro veinte arrobas a costas por cuatro reales, que un arcabuz o una pica por ciento; véase lo que hará por uno.

41. Donde está huye el que desea huir de a donde está. Quien los echa, quien los despide, tiene menos caudal si se le cuenta por la aritmética y más si le numera el valor. Carecer de lo que embaraza es multiplicar lo que se tiene.

42. Buscar y cobrar la paz con la guerra, es de ángeles y serafines; buscar la guerra con la guerra, no; buscar la guerra con la paz, aún menos. Y estas dos cosas son la mayor ocupación y fatiga del mundo.

43. El ejército es una escuela de caballos donde se disciplinan los indómitos en campaña para después sujetarlos entre los muros.

44. Es trabajosa la ciudad a aquellos que mandan en los ejércitos, no a aquellos

que sirven en ellos; antes el rigor de la obediencia militar vuelve suave el yugo de la vida civil.

45. En las primeras guerras las palmas brotan del valor; en las demás, de la reputación. En éstas vale el haber vencido como en las otras el vencer.

46. Un ejército que tema perderse, ya va vencido de su propia credulidad; todo grito del enemigo cree por victoria; todo movimiento de los suyos, fuga. Está más dispuesto a aquello que teme que a aquello que no espera, y muchas veces desampara el campo, antes porque piensa perderlo que por haberlo perdido.

47. Siempre combate aquel que cree vencerá siempre; mas quien duda, se defiende y no combate.

48. El vencer los pueblos y no saber aprovechar de la victoria; el sojuzgarlos y no saber mantenerlos en amor, es un perdimiento de hombres y de tiempo.

49. Si se hallase regla cierta para asegurarse de la rebelión de los pueblos sujetos, yo creo que hoy el mundo fuera de uno solo; mas en los negocios políticos no hay otra regla que la fortuna.

50. El tener en pie ejércitos por ahogar en la cuna los levantamientos, es el mayor, y también sería el mejor de los remedios, si no estuviese luego en el arbitrio de los generales el hacer que se volviessen todas las repúblicas monarquías, y después, en la monarquía, hacerse señores.

51. Lo que sucede en las guerras es siempre incierto, y es casi cierto que a las pérdidas suceden los levantamientos.

52. El tener amistad con los vecinos es bueno. Sobre aquélla fundar la seguridad del Estado es malo.

53. La muerte de los capitanes valerosos hace perder las batallas; el peligro de la muerte hacer alcanzar las victorias.

54. Corren todos a pelear, porque esperan premio de librarlo y porque temen daño de perderlo. Se debe salir al encuentro a todo peligro cuando está en peligro el Estado.

55. Más son los que han muerto en las batallas a miedo que a hierro, y no son pocas victorias las que ha alcanzado el temor por desesperado, no por valiente.

56. El que acomete sabe escoger para

sí, toma la determinación y da el susto al enemigo.

57. El general que fué a buscar vuestro socorro para defender vuestros reinos, y a fuerza de sangre de vuestros vasallos os trae en la ruina de ellos y en su sangre chupada más manchas que tesoros, no sólo no ha de medrar, antes el castigo público le ha de hacer ejemplo y escarmiento.

58. El que blasona de valor no debe huir del riesgo, sino buscarle cuando la vergüenza va delante de él.

59. Toda batalla es injusta aun en las glorias del triunfo si le falta la prerrogativa de justa.

60. Mandar ir a la guerra a otros y, si es necesario, no ir quien lo manda, aun en una mujer, no lo consiente Dios.

61. No es rodeo el que excusa una batalla; la razón le llama atajo.

62. Quien tiene por reputación no dejar lo que una vez intentó, tendrá muchas veces por castigo el haberlo proseguido.

63. Ir adelante por el despeñadero, más es de necios que de constantes; no es perseverancia, sino ceguedad.

64. Cuánto importa la igualdad en premiar y en dividir las presas, nadie lo ignora, todos lo desean y pocas veces se ve.

65. Suelen los cabos superiores saquear a los soldados lo que ellos saquearon al enemigo.

66. Cuando el valiente huye en la batalla, arte es, no miedo: cuando Dios huye del hombre, sacramento es, no miedo.

67. La victoria secreta y la virtud desconocida no deja ejemplo a los por venir.

68. Si el monarca no dispone que los suyos y sus soldados tengan paz en él, todo lo errará. No se pueden contar las empresas malogradas, los ejércitos deshechos y las provincias que se han perdido por esta razón.

69. En los más ilustres y gloriosos capitanes y emperadores del mundo, el estudio y la guerra han conservado la vecindad, y la arte militar se ha confederado con la lección.

70. Docto símbolo es la saeta: con la pluma vuela el hierro que ha de herir.

71. Cuerpo que no arma su corazón, las armas le esconden, mas no le arman.

72. Quien va desnudo de sí y armado de hierro, es hombre con armas cuando ellas son armas sin hombre. Si vive es por ignorado; si muere, es por impedido, pues si no huye es de embarazado y no de cobarde y de éstos mueren más con sus armas que con las de los enemigos. Fácilmente los conoce la muerte en las batallas, y con elección justiciera los halla entre los aventurados y generosos.

73. Lícito es temer al enemigo para no despreciarle; mas temerle para sólo temerle, es infamia que aun en la cobardía de las mujeres halla honra que se le resiste.

74. El valiente tiene miedo del contrario; el cobarde tiene miedo de su propio temor. De aquí le nace no tener la seguridad en otra cosa sino en la muerte de su muerte, cuando no hay enemigo que no tenga quien sólo se defiende con el mal suceso del que se le opone.

75. El estudio hace que se busque la paz, porque la ha menester; y la paz procurada induce la guerra más peligrosa.

76. No hay peor guerra que la que padece el que se muestra codicioso de la paz: con las palabras y embajadas pide

ésta, y negocia con el temor de los ruegos la otra.

77. En dándose una nación a doctos y a escritores, el ganso pelado vale más que los mosquetes y lanzas, y la tinta escrita más que la sangre vertida.

78. Al pliego de papel firmado no le resiste el peto fuerte, que se burla de las cóleras del fuego; y una mano cobarde por un cañón tajado se sorbe desde el tintero las honras, las rentas, los títulos y las grandezas.

79. Inventóse la artillería contra las vidas seguras y apartadas, falseando el cal y canto a las murallas y dando más victorias al certero que al valeroso. Empero luego se inventó la imprenta contra la artillería, plomo contra plomo, tinta contra pólvora, cañones contra cañones.

80. La pólvora no hace efecto mojada: ¿quién duda que la moja la tinta por donde pasan las órdenes que la aprestan y previenen?

81. ¿Quién duda que falta el plomo para balas después que se gasta en moldes fundiendo letras y el metal en láminas?

82. Las repúblicas han de militar con

el seso; pocas veces con las armas; han de tener ejércitos y armadas prontas en la suficiencia del caudal que es el luego que logra las ocasiones.

83. Deben hacer la guerra a los unos reyes con los otros, porque los monarcas, aunque sean padres e hijos, hermanos y cuñados, son como el hierro y la lima, que siendo, no sólo parientes, sino una misma cosa y un propio metal, siempre la lima está cortando y adelgazando el hierro.

84. Han de asistir las repúblicas a los príncipes temerarios lo que baste para que despeñen; y a los reportados para que sean temerarios.

DE LA JUSTICIA

6. Muchos son buenos si se da crédito a los testigos; pero si se toma declaración a sus contrarios, los malos se han de mostrar la misericordia, y por los malos.

1. La justicia se muestra en la igualdad de los premios y los castigos y en la distribución que algunas veces se llama igualdad.

2. Señor, el delito siempre esté fuera de la clemencia de vuestra majestad, el pecado y la insolencia; mas el pecador y el delincuente guarden sagrado en la naturaleza del príncipe.

3. De sí se acuerda quien se apiada del miserable; todo se ha de negar a la ofensa, no al ofensor; ella ha de ser castigada y él reducido. Acabar con él no es remedio, sino ímpetu.

4. Muera el que merece muerte, mas con alivio que, no estorbando la ejecución, acredite la benignidad del príncipe.

5. No se remite el castigo por variar-se, si lo que la ley ordena el juez no lo dispone, respetando los accidentes y la ocasión que habrá sin castigo; digo, sin merecerle.

6. Muchos son buenos si se da crédito a los testigos; pocos si se toma declaración a sus conciencias.

7. En los malos, en los impíos, se ha de mostrar la misericordia, y por los delincuentes se han de hacer finezas.

8. En la adversidad la calumnia, que es de bajo linaje y siempre ruines sus pensamientos, califica por fiscales los cómplices y los partícipes.

9. Si la horca fuera sólo para las personas y no para los delitos, no tuvieran otro fin los pobres y desvalidos, ni fuera castigo, sino desdicha.

10. Quien hace una cosa mal hecha, si en conociéndola pone enmienda en ella, muestra que la hizo porque entendió que era buena, y es el castigo santa disculpa de su intención; mas quien la lleva adelante viéndola mala y en ruín estado, ése confiesa que la hizo mala por hacer mal.

11. El juez delincuente merece todos los castigos de los que lo son, y el príncipe que le permite consiente veneno en la fuente donde beben todos.

12. Cualquier castigo basta para un ladrón y un homicida; y todos son pocos

para el ministro y el juez que en lugar de darles castigo, les da escándalo.

13. El mayor ladrón no es el que hurta porque no tiene, sino el que teniendo da mucho por hurtar más.

14. Ostentar buen celo en la pregunta y no aguardar la respuesta, ardid es de Pilato. Tened, señor, a vuestro lado gentes que os respondan la verdad, y no os fiéis de aquellos que la preguntan y la huyen.

15. Muchos son limpios de manos porque se lavan, no porque no roban. ¿Quién ha dicho que con manos limpias no se puede hurtar?

16. Ni la acusación presupone culpa, ni la traición tirano, pues si fuera así ninguno hubiera inocente ni justificado. A nadie acusaron tanto como a Cristo y ninguno padeció traidor tan abominable ni traición tan fea.

17. Frecuentemente es crimen digno de muerte no hacer mal, sino no imitar a los que le hacen, y sólo tienen por bueno al que los imita en ser malos.

18. Lo primero es no inclinarse el rey para juzgar los delitos a los acusado-

res, sino a la tierra, que es a la fragilidad del hombre, que, hecho de ella, es enfermo y débil.

19. Quien no oye las partes, puede hacer justicia, mas no ser justo.

20. No hay cosa más fácil que acusar uno a otro, ni más difícil que no tener el que acusa culpas que le pueda otro acusar.

21. Si condenase el que acusa, solamente habría hombres en las horcas, hogueras y cuchillos. Y si todos los pecados probados plenariamente se castigasen con la pena de la ley, pocos morirían por nacer mortales y muchos por delinquentes; fueran las sentencias desolación y no remedio.

22. Nada se comete más (dijo Séneca) que lo que más se castiga.

23. Palabra es del Espíritu Santo: "No quieras ser justo demasíadamente." Verdad es, señor, que enmienda mucho el castigo; mas también es verdad que corrige mucho la clemencia, sin sangre ni horror.

24. El perdonar tiene su parte de castigo en el delincuente que con vergüenza

reconoce indigno su delito del perdón que le concede la misericordia del rey.

25. Dar al delito que sólo merece destierro la horca, y al que merece ésta, destierro, no es mayor maldad que dar el magistrado y la dignidad al que no la merece, dando al que la merece el olvido que se debía a aquél.

26. Hay hombres que son mentirosos diciendo verdades; dícnelas con los labios y mienten con el corazón.

27. El demonio no hace sino poner nombres: a la soberbia llama grandeza, a la envidia atención, al robo ganancia, a la avaricia prudencia, a la mentira gracia y a la venganza castigo; y, por el contrario, a la humildad vileza, a la pobreza infamia, al desinterés descuido, a la verdad locura y a la clemencia flojedad. Y los que estudian por estos vocabularios sólo adquieren suficiencia para condenados.

28. Aquel poder que ejercen los príncipes en el interés de los particulares para guardar la razón, ejercitan en ellos propios a deshacerla.

29. Bajó entre nosotros la justicia

por impedir la violencia; la flaqueza humana, despojándola de las armas de la elección, la dejó necesitada de la fuerza; mas ella tramonta con la estrella con que nació, cuando la espada que la defiende la da muerte.

30. Los príncipes tal vez guardan la justicia intacta de la mano de otro para estuprarla ellos; la miden con las armas, y aquel entre ellos es más justo que es más fuerte.

31. La ofensa de la honra nada puede en los ánimos viles; puede mucho en los generosos; empero las más veces se evapora con el tiempo, como aquella que no tiene otro fundamento que la opinión.

32. Aquel que hace violencia por necesidad, ha padecido el primero de la necesidad violencia. Ella es una ley la más aborrecible de las leyes. Ella es una justicia la más rigurosa de las justicias.

33. Donde hay cantidad de juicios hay cantidad de confusiones; la unión de muchos ingenios no sirve para aventajar a un ingenio. Juntos no se ayudan: se impiden.

34. No hay buen partido en las juntas que no se eche a perder si le sirven pocos, ni tan malo que no sea bueno si le siguen todos. Los hombres buenos deben aconsejar lo mejor y seguir tal vez lo peor si el peor tiene más séquito.

35. Las repúblicas se administran bien cuando envían ministros a las provincias distantes que procuran antes estorbar los robos que castigar los que roban.

36. Más hurtos padecen los príncipes en el castigo de los hurtos por algunos jueces que en los hurtos por los ladrones.

37. Siempre los delincuentes fueron alegrón y hacienda de los malos jueces; por esto los buscan para hallarlos, no para corregirlos.

38. Pocas leyes saben convencer de delincuente al que hurta con consideración. Consideración llamo hurtar tanto que, habiendo para satisfacer al que envidia y para acallar al que acusa y para inclinar al que juzga, sobre mucho para el delincuente que hurtó para todos. De aquel tiene noticia la horca que hurtó

tan poco que antes de la sentencia faltó qué le pudiesen hurtar.

39. Es el miedo el testigo falso más pernicioso del mundo, porque siendo falsario de ojos, no ve lo que mira.

40. A más han muerto malos consejos que sus enemigos. En esto son parecidas las leyes a la medicina. Matan los médicos y viven de matar, y la queja cae sobre la dolencia.

41. Para las judicaturas se ha de escoger los doctos y los desinteresados. Quien no es codicioso, a ningún vicio sirve, porque los vicios inducen el interés al que se venden.

42. Sepan las leyes, pero no más que ellas; hagan que sean obedecidas, no obedientes. Este es el punto en que se salvan los tribunales.

43. Lo primero que se debe y conviene prevenir para la buena expedición y ejecución de justicia, son oficiales de legalidad y confianza, tales cuales convenga para negocio tan importante y grave.

44. Si el ser acusado presupusiera culpa, nadie hubiera inocente en el mun-

do, y la envidia y el odio y la venganza presumieran de virtudes, dándolas por libres de la calumnia, infame solar de su descendencia.

45. La acusación es hija del odio y madre de la venganza; dícela el que aborrece y óyela el que teme.

46. No advierten los miserablemente poderosos que la acusación más veces mira a la introducción del que la hace que al útil del que la admite.

47. Oír las acusaciones es forzoso; averiguarlas es justo y a veces, aun verificadas, más seguro prevenirlas que castigarlas.

48. Quien premia a los acusadores, antes se castiga a sí que a los acusados, y compra su inquietud y no su advertencia.

49. No se ha de fiar el crédito de las apariencias, porque es menos peligroso oír lo imposible que lo verosímil, pues la mentira se viste de éste por apartarse de aquél.

50. No hay delito que no se diga y asegure y se crea y se aumente del poco afortunado, que la atención humana es poco propicia a los que padecen.

51. No sólo por la defensa de los inocentes, sino por la suya, deben los príncipes y los jueces atender desvelados a la ruindad de la acusación y a la malignidad de los acusadores.

52. El que cumple juramento hecho en favor de las maldades, es perjurio al que hizo de no consentirlas.

53. No es empeño promesa hecha en favor del facineroso y delincuente, sino gravamen de su culpa el haberla solicitado para seguridad suya y nota del príncipe.

54. Lo ilícito obliga a su castigo, no a su cumplimiento.

55. ¿Condenas a muerte al delincuente y piensas que haces algo nuevo? No, que ya le tenía sentenciado la naturaleza, y desde que nació empezó a sentir la ejecución de esa sentencia.

56. Condenas en el pleito al pobre; quítasle lo que no era suyo: no le agravias; y si le quitas lo que con justicia poseía, tu oficio y el del ladrón, dime, ¿en qué se diferencian, pues entrambos quitáis los bienes al dueño de ellos?

57. Sólo os diferenciáis en que el la-

drón hurta para sí y por su provecho, y vosotros robáis para terceras personas.

58. La mala intención más quiere suplir los testigos que examinarlos.

59. Legaliza la malicia cuanto inventa la venganza, cuanto miente el aborrecimiento.

60. Ninguna solemnidad faltará a un falso testimonio en los oídos sedientos de calamidades.

61. Si prenden, si destierran a uno y dicen que por ladrón, el más benigno dice: siempre lo temí; si por homicida, luego lo sospeché; si por traidor, juráralo yo y el corazón me lo daba. La persecución oída no halla palabra en su favor ni conjetura que la disculpe; vista no halla quien la conozca ni quien la consuele.

62. El perseguido, aun en sí mismo es otro. El día y la hora infeliz es borrón de amistades y parentescos. Todos tememos esto y por esto somos temidos todos.

63. El miserable que va a visitar al preso, no teme la cárcel en que está el amigo, sino la obligación que tiene de sacarle de ella.

64. Las leyes no se deben a sí solas la

consciencia de su igualdad, sino al reo.

65. ¿Qué pueden lograr los que motiven mi prisión, por más que acusen, calvilen y ponderen? ¿Que padezca siempre? Pues de ese mismo padecer puede resultar mi vivir.

66. Más importa castigar a la voluntad que no afligir al cuerpo.

67. Algunos hombres quieren que los preceptos se sujeten a sus vidas, no sujetar sus vidas a los preceptos; aunque sus acciones los caractericen de pésimos, se ofenden si los llaman malos.

68. Aún más que como a juez, se mira como a padre al que lo es bueno; pero del malo todos son enemigos, por serlo él de todos.

69. La intención es madre de las acciones, y siendo aquélla mala, es imposible que éstas sean buenas.

70. No se puede decir, ni ha habido quien llame pecado al hurtar del lobo, ni al herir y despedazar del león. Y esto no por otra cosa, sino porque no obran con voluntad, que es la autora de la culpa.

71. En los reyes, las acciones de justicia son las de primera alabanza, y entre

ellas serán las de mayor alabanza las de toda justicia; que cumplir el rey toda justicia es hacer todo su oficio.

72. Vinieron la verdad y la justicia a la tierra; la una no halló comodidad por desnuda, ni la otra por rigurosa. Anduvieron mucho tiempo así, hasta que la verdad, de puro necesitada, asentó con un mudo.

La justicia, desacomodada, anduvo por la tierra rogando a todos, y viendo que no hacían caso de ella y que la usurpaban su nombre para honrar tiranías, determinó volverse, huyendo, al cielo. Salióse de las grandes ciudades y cortes, y fué a las aldeas de villanos, donde por algunos días, escondida en su pobreza, fué hospedada de la simplicidad, hasta que envió requisitorias contra ella la malicia. Huyó entonces de todo punto, y fué de casa en casa, pidiendo que la recogiesen. Preguntaban todos quién era, y ella, que no sabe mentir, decía que la justicia. Respondíale todos: "Justicia y no por mi casa; vaya por otra"; y así, no entraba en ninguna; subióse al cielo, y apenas dejó aquí pisadas. Los hombres que esto vieron, bautizaron

con su nombre algunas varas que arden muy bien en el infierno, y acá sólo tienen nombre de justicia ellas y los que las traen, porque hay muchos de éstos en quien la vara hurta más que el ladrón con ganzúa y llave falsa y escala.

73. En los tiempos pasados, que la justicia estaba más sana, tenía menos doctores, y hale sucedido lo que a los enfermos: que cuanto más juntas de doctores se hacen sobre él, más peligro muestra y peor le va, sana menos y gasta más.

74. La justicia, por lo que tiene de verdad, andaba desnuda; ahora anda empapelada como especias.

75. Jesucristo Nuestro Señor nos mandó dejar la capa, pues si la queremos defender, nos la llevarán con los hombros y los brazos.

76. Los letrados hacen con los litigantes como los pilotos en las borrascas, con los navíos, sacándoles cuanto tienen en el cuerpo.

77. Si no hubiera letrados, no hubiera porfías, y si no hubiera porfías, no hubiera pleitos, y si no hubiera pleitos, no hubiera procuradores, y si no hubiera

procuradores, no hubiera enredos, y si no hubiera enredos, no hubiera delitos, y si no hubiera delitos, no hubiera alguaciles, y si no hubiera alguaciles, no hubiera cárcel, y si no hubiera cárcel, no hubiera jueces, y si no hubiera jueces, no hubiera pasión, y si no hubiera pasión, no hubiera cohecho. Mirad la retahila de infernales sabandijas que se produce de un licenciado, lo que disimula una barba y lo que autoriza una gorra.

78. En los testigos, no repares; que para cualquier cosa tendrán los escribanos tantos como tuviere gotas de tinta el tintero.

79. Mejor fuera que el juramento que los testigos prestan de decir verdad le presen lasen los escribanos de que la escribirán como ellos la dijeren.

80. El que juzga por lo que oye, es oreja y no juez.

81. Cuando nosotros ganemos el pleito, el pleito nos habrá perdido a nosotros.

82. El mejor jurisconsulto es la concordia.

83. Dios es el único Poder que tiene poder sobre la vida.

84. ¡Extraña locura se ha acreditado con los hombres que creen que si uno les ha cortado las narices, con cortarles las orejas o matarle están satisfechos!

85. No hay cosa que crezca tanto en tan poco tiempo como culpa en poder de escribano.

86. Aquellos que pueden recurrir a la espada que la Justicia sostiene en la diestra, pocas veces se acercan a las balanzas que tiene en el brazo izquierdo.

87. Son de diferentes maneras las leyes: miran algunas a la conservación de los hombres; otras, al sustentamiento del Estado. Aquéllas tocan a los legistas como judiciales; éstas, al príncipe, como políticas. Las primeras quieren estabilidad, porque se juzgan mientras se hacen; mas, después que se han hecho, no se deben aquéllas juzgar con las cuales se debe juzgar. Y las otras no quieren ser eternas para ser buenas, pues que duran ellas y arruinan el Estado y se quebrantan, queriéndolo así el tiempo, y se introduce un mal ejemplo sin algún fruto.

88. Los más de los Estados han peligrado por no haber sufrido los antiguos

ordenamientos y por no los saber mudar.

89. Es inútil la ley para persuadir, si no tiene fuerza para castigar. De otra manera, no basta para los naturalmente inclinados al mal, y es superflua a aquellos que voluntariamente obran bien.

90. Las primeras culpas son de quien las hace; las segundas, de quien las permite, y en todas tiene parte el príncipe, si no las castiga todas.

91. Aquel magistrado, en los dominios es durable, que trata de obedecer y pretende mandar como ministro y no como señor.

92. Las justicias llevan tras sí los negociantes; la pasión, a las mal gobernadas justicias, y los reyes desvanecidos y ambiciosos, todas las repúblicas.

93. La enfermedad más peligrosa, después del doctor, es el testamento: más han muerto porque hicieron testamento que porque enfermaron.

94. Aprended a saber hacer testamento, y llegaréis los mozos a viejos, y los viejos a decrepitos, y moriréis todos hartos de vida, y no os podarán en flor las hoces graduadas y el doctor Guadaña.

95. Y habiendo hecho sentencia, los cogió la hora; y en lugar de decir: "Fallamos que debemos condenar y condenamos", dijeron: "Fallamos que debemos condenarnos y nos condenamos".

96. Dos partes hay en todas las culpas públicas: la ofendida y la justicia; y es tan conveniente que ésta castigue lo que le pertenece como que aquélla perdone lo que le toca.

97. Este ladrón que, después de tres años de prisión, queréis ahorcar, echaréis a galeras; porque como, tres años ha, estuviera justamente ahorcado, hoy será injusticia muy cruel, pues será ahorcar, con el que pecó, a su padre, a sus hijos y a su mujer, que son inocentes, a quien habéis vosotros comido y hurtado con la dilación las haciendas.

98. Hasta en las aves sólo padecen prisión y jaula las que hablan y chirrean; y cuanto mejor y más claro, más bien cerrada y cuidadosa.

99. Habrá más pleitos, no porque habrá más razón, sino porque habrá más leyes.

100. Las leyes, por sí, buenas son y

justificadas; mas, habiendo legistas, todas son tontas y sin entendimiento.

101. No hay juez que no afirme que el entendimiento de la ley es el suyo; y con decir que se le dan, suponen que no le tiene.

102. No hay ley civil, ni criminal, que no tenga tantos entendimientos como letrados y jueces, como glosadores y comentadores; y, a fuerza de entendimientos que la achacan, le falta el que tiene y queda mentecata.

103. Al que condenan en el pleito, le condenan en lo que le pide el contrario y en lo que no le pide, pues se lo gasta la defensa; y nadie gana en el pleito sin perder en él todo lo que gaste en ganarle, y todos pierden y en todos se pierde.

104. Cuando falta razón para quitar a uno lo que posee, sobran leyes que, torcidas o interpretadas, inducen el pleito y le padecen igualmente el que le busca y el que le huye.

2. Sirve a la mujer con los francos la debilidad por inocencia. Tienen ellos mayor dificultad donde hallan menor resistencia.

3. No pueden hallar en ellas aquel desahago que en ellas se debe tener. Tienen ellos mayor dificultad donde hallan menor resistencia.

DE LA MUJER

4. Son las mujeres instrumentos de hacer perder reinos.

5. Para ellas no es remedio casarse con hombres quietos, para ellas son locos.

6. Cuando de ellas no se debe temer, qué se podría acortar en los hijos. Los hijos de ellas son los que se convierten donde son las calidades extranjeras, y los pueblos no tienen vergüenza de mudar señas si le exigen de la cara del señor.

1. Sirve a la mujer, con los tiranos, la debilidad por inocencia. Tienen ellos mayor dificultad donde hallan menor resistencia.

2. No pueden hallar en ellas aquel delito que hace alabar la crueldad o fingir en sí aquel temor que las disculpa; déjanlas vivas creyéndolas hacer morir a su propósito, con lo que resultan falsarios de la prudencia.

3. Son las mujeres instrumentos de hacer perder reinos.

4. Para ellas no es remedio casarlas con hombres quietos, pues ellas son feroces.

5. Cuando de ellas no se deba temer, ¿qué se podría acertar en los hijos? Los partos siguen al vientre, y es fácil el convertirse donde son las calidades semejantes, y los pueblos no tienen vergüenza de mudar señor si le eligen de la casa del señor.

6. A la entera perfección de la primitiva Roma faltaban las mujeres. Concurren ellas a constituir la esencia de las familias y de la ciudad.

7. Es error del entendimiento creer que la mujer es error de la naturaleza.

8. La mujer es perfecta, pues se hizo por la obra más perfecta; es de forma igual a nosotros, originada de materia más noble que nosotros.

9. Las mujeres son hechas para estar en casa, no para andar vagando.

10. Sus gustos han de ser los de sus maridos, participados, no propios.

11. El llevarlas a las fiestas mueve tal vez al que las ve, si son feas, a desprecio; si hermosas, a concupiscencia.

12. Cuantos amigos adquieren ellas, tantos enemigos los acrecientan a ellos.

13. En casa pueden ayudar; fuera no pueden sino impedir.

14. No da su conversación gusto a los que con ellas se hallan, que las más veces no sea disgusto de quien las lleva.

15. Cuando no pierden ellas por el desear, pierden por el ser deseadas.

16. Si se huye la conversación de

quien os desea desdichadas, ¿por qué se busca la del que os desea deshonestas?

17. La honestidad es un color delicado que teme el aire, y es un cristal lucidísimo que se empaña con la vista deshonestas de aquellos que tienen inficionada la mente con la lascivia.

18. Débense huir siempre las ocasiones de peligro donde el peligro es siempre de la honra.

19. Las alabanzas de hermosura, contando entre las felicidades de las mujeres, no las dejan lugar de llamarse desdichadas, en tanto que las juzgan dichas.

20. Al sexo femenino ha debido siempre el mundo la pérdida y la restauración, las quejas y el agradecimiento.

21. Es la mujer compañía forzosa que se ha de guardar con recato, se ha de gozar con amor y se ha de comunicar con sospecha.

22. Si las tratan bien, algunas son malas. Si las tratan mal, muchas son peores. Aquel es avisado que usa de sus caricias y no fía de ellas.

23. Más pueden con algunos reyes que

con los otros hombres, porque pueden más que los otros hombres los reyes.

24. Los hombres pueden ser traidores a los reyes; las mujeres hacen que los reyes sean traidores a sí mismos, y justifican contra sus vidas las traiciones.

25. Parentescos por línea del pecado y del adulterio, la sangre que prueban es la que derraman.

26. Las mujeres son artífices y oficinas de la vida, y ocasiones y causas de la muerte.

27. Hanse de tratar como el fuego, pues ellas nos tratan como el fuego. Son nuestro calor, no se puede negar; son nuestro abrigo; son hermosas y resplandecientes; vistas, alegran las casas y las ciudades; mas guárdense con peligro, porque encienden cualquier cosa que les llega, abrasan a lo que se juntan, consumen cualquier espíritu de que se apoderan, tienen luz y humo con que hacer llorar su propio resplandor.

28. Quien no las tiene, está a oscuras; quien las tiene, está a riesgo; no se remedian con lo mucho, ni con lo poco; al fuego, poca agua lo enciende y mucha

lo ahoga; fácilmente se tiene y fácilmente se pierde.

29. Fuego y mujer son tan uno, que no los truecan los hombres, quienes al fuego llaman mujer, y a la mujer, fuego.

30. Los hombres que han sido afe-minados han sido torpísimo vituperio del mundo; las mujeres que han sido varoniles, siempre fueron milagrosa aclamación de los siglos.

31. Débense temer mucho los llantos de las mujeres, de cuyos afectos dependen las determinaciones de los hombres.

32. Un mal casado tiene en su mujer toda la herramienta necesaria para la muerte, y ellos y ellas, a veces, el infierno portátil.

33. Muchas viejas han ido al infierno muy arrugadas y canas, y sin diente ni muela, pero ninguna cansada de vivir.

34. Ninguna vieja hay en el infierno, porque la que está calva y sin muelas, arrugada y legañosa, de pura edad y de puro vieja, dice que el cabello se le cayó de una enfermedad; que los dientes y muelas se le cayeron de comer dulce, que está gibada de un golpe, y no confesará

que son años, si pensara remozar con confesarlo.

35. Lo primero es que la novia no traiga consigo padre, madre, hermanos ni parientes, pues el intento no es casarse con ellos, sino con la novia.

36. No sea tan fea que espante, ni tan hermosa que acerque, ni tan flaca que mortifique, ni tan gorda que empalague.

37. Traiga sus miembros cabales naturalmente y sin artificio; que es mejor hallarse con una boca sin dientes que besar los de un asno o rocín muerto, y ver una mujer sin narices propias que caerse las ajenas en la primera ocasión de placer.

38. Ápetece más una cara sin saines que no los lunares de tinta con que tal vez saldrá esclavo entrando libre, y más unas manos morenas que una sobrevivencia de sebillas, y unas cejas blancas que negras a fuerza de betunes, y más vale una pantorrilla menos que topar con un patrón de calcetero.

39. No sea amiga de salir ni visitar, ni tenga correspondencia con frailes.

40. No sea tan necia e ignorante que no tenga uso de razón, ni tan bachillera

que quiera gobernar su marido y mandarle.

41. No sea tan vana que desestime y vitupere a su marido y le pierda en público el respeto.

42. No tenga tan mala condición que no la pueda soportar un hombre gordo y flemático.

43. Se permite a la mujer que, siendo de catorce años abajo, llore por su madre, si bien es indecente cosa para casada, y que la dé quejas de su marido, aunque es cruel juez una suegra.

44. Que siendo de dicha edad traiga a casa maestro que la enseñe a leer, como no sea barbado; que es civil cosa ver un zamarro diciendo: *ba, be...*

45. Se le permite que se ponga a la ventana y sea tentada de hablar y responder, como no sea con lindos ni poetas, que son publicadores de deshonoras.

46. Se le permite que escriba, aunque para nada es bueno que tengan correspondencia las mujeres casadas.

47. Se le permite que visite una vez en semana, como no sea sábado, día de limpieza.

48. Se le permitirá también que coma barro y yeso, y otras cosas dañosas; que sería disparate cuidar de la salud de quien se desea la muerte.

49. Se le permite que beba vino, con tal de que no tenga vaso reservado, cosa muy usada entre las melindrosas y embusteras, que hacen como que vomitan de sólo olerlo cuando delante hay personas de cumplimiento.

50. Que haga gestos delante de su marido, también se le disimulará, como lo haya tenido por costumbre.

51. Se le permite que se afeite y barnice, con tal que no sea de calidad que su marido la desconozca por la mañana.

52. Permítesele que coma de todo, apetezca fiestas, galas e invenciones de trajes y usos nuevos, como todo lo sustente de su aguja.

53. Si las enfermedades e indisposiciones del marido (lo que Dios no quiera ni permita) le hicieran incapaz del ejercicio del matrimonio, pueda nombrar un teniente, con tal que no sea estudiante, ni soldado, ni poeta, ni músico; porque los tales no sólo no son de provecho, sino

que se hacen polillas de un sufrido.

54. Un novio en público es como un toro en el coso, y un casado notorio es el estafermo en que rompen lanzas los maldicientes y satíricos. Además, que se pierde mucho con las demás mujeres que le envían con la suya, cuando por no verla se querría ir a la cárcel.

55. En la mujer hermosa, más apetece el deshonesto la honestidad que la hermosura; antes sin aquélla despreciará ésta; la disolución le empalaga, la medida le provoca.

56. Ningún traje viste tan ajustado a sus escamas la sierpe antigua como el cuerpo de una mujer, cuyo sexo y edad son esfuerzo mudo a la perseverancia.

57. Mira cuánto estudio pone una mujer, en quien la naturaleza ocupó los pinceles de más cuidadosa hermosura, en desconocerse del ser humano en todo.

58. Añádese la estatura con el chapín, disimula con zonas de plata y bordaduras de ámbar y oro el corcho, viste en pirámide pomposa la dimensión de su persona y miente el bulto que le falta.

59. Hipócrita de divinidad, es mara-

villa tirana de los sentidos y potencias más bien reportados, aprisionando en una vista descuidada, en un movimiento casual, las letras en los doctos y las armas en los valientes.

60. Aherrojando en un cabello libertades presuntuosas y magníficas, enciende en volcanes la nieve que la muerte con el último invierno de la vida ventisca en las canas.

61. Granjea la idolatría, falsifica la religión, multiplica herejes, es deslizadero de los virtuosos, despeñadero de los malos, moneda falsa que muchas veces nos compra lo temporal y no pocas lo eterno.

62. Es ilusión vanagloriosa, que a fuerza de martirios en su persona, embustería de divinidad, siendo tierra amasada en carne y huesos, apuesta con el cielo más bien enjoyado a luces y se hace más apetecible a los apetitos desenfrenados; no sólo se afrenta de ser cuerpo, no sólo presume de ser cielo, sino de ser preferida a él.

63. No se contenta con atribuirse presunciones de alma, sino con obligar a que los persuadidos de su elocuente embe-

leco la llamen alma de su alma, y que el vencido la diga: "Mi alma".

64. El matrimonio ha sido ordenado, en parte, para el remedio de la concupiscencia, y es sin duda un bonísimo remedio, pero violento y, por consiguiente, peligroso, si no se usa con discreción.

65. La castidad depende del corazón, como de su origen; pero mira al cuerpo, como su materia.

66. No converses de ninguna manera con las personas deshonestas, principalmente si son también escandalosas; porque, como los cabrones cuando tocan con la lengua los almendros dulces los vuelven amargos, así estas almas hediondas y corazones infectados no hablan a nadie que no le hagan apartarse algo de la honestidad. Tienen los tales el veneno en los ojos y en el aliento como los basiliscos.

67. El amor tiene el primer lugar entre las pasiones del alma; es el rey de todos los movimientos del corazón, convierte todo lo demás en sí y nos hace tales cual es la cosa amada.

68. Ten cuenta de no tener ningún mal amor, porque a la misma hora se-

rás tú también de todo punto mala.

69. Virtudes frívolas llamo a ciertas habilidades, y calidades vanas a que los juicios apocados llaman virtudes y perfecciones.

70. Si oyes hablar a la mayor parte de las mujeres, verás que dicen siempre: "Fulano tiene muchas perfecciones; danza bien, juega bien a toda suerte de juegos, vístese bien, canta bien, tiene buen talle"; y de esta manera tienen las más veces a los charlatanes por los más virtuosos, siendo bufones y hombres juglares.

71. La conservación del matrimonio es en extremo importante a la república, porque es la raíz y manantial de todas sus corrientes.

72. Conserven los maridos un tierno, constante y cordial amor para con sus mujeres; que la mujer fué sacada de la costilla más cercana al corazón del primer hombre para que fuese amada de él cordial y tiernamente.

73. Las flaquezas y enfermedades, sean del cuerpo o del espíritu, de vuestras mujeres no os deben provocar a ninguna

suerte de desdén, sino antes a una dulce y amorosa compasión.

74. Amad, mujeres, tierna y cordialmente, y con un amor lleno de respeto y reverencia, los maridos que Dios os ha dado, porque verdaderamente por esto los ha criado de un sexo más vigoroso y predominante, y quiso que la mujer fuese una dependencia del hombre, un hueso de sus huesos, una carne de su carne y que fuese producida de una costilla suya, sacada de debajo del brazo para mostrar que debe estar debajo de la mano y guía del marido.

75. Al engrandecer de más en más este recíproco amor que os debéis, mirad que no se convierta en alguna suerte de celos, porque sucede muchas veces que, así como el gusano se engendra de la manzana más delicada y madura, así los celos nacen del amor más ardiente y vivo de los casados.

76. Los celos dañan y corrompen la sustancia del amor, y poco a poco engendran las riñas, disensiones y divorcios.

77. Los celos nunca se arriman a la amistad que recíprocamente está fundada sobre la verdadera virtud, porque son una

indubitable señal de un amor en alguna manera sensual y grosero.

78. Es loca jactancia de amistad el quererla exaltar por los celos, porque los celos pueden ser señal de la grandeza de la amistad, mas no de su bondad, pureza y perfección, porque la perfección de la amistad presupone la seguridad de la virtud de la cosa amada, y los celos presuponon la incertidumbre.

79. Temed toda suerte de ocasiones, por pequeñas que sean, y no deis lugar nunca a ninguna clase de requiebros.

80. Cualquiera que os alabe vuestra hermosura y vuestra gracia, os debe ser sospechoso, porque cualquiera que alaba una mercancía que no puede comprar, de ordinario está tentado en extremo de hurtarla.

81. Y si a vuestras alabanzas junta el menosprecio de vuestro marido, será ofenderos infinito. Es claro que no sólo el tal os quiere perder, sino que os tiene ya por medio perdidas, porque es cierto que está ya hecho la mitad del precio con el segundo mercader cuando nos disgustamos con el primero.

82. La viuda, como ha hecho prueba del modo con que las mujeres pueden agradar a los hombres, sabe ponerles en sus almas cebos más peligrosos.

83. La viuda que vive en locos placeres está muerta en vida, y no es, hablando con propiedad, sino un ídolo de viudez.

84. Las lámparas que tienen el olio aromático despiden de sí un más suave olor cuando las apagan la luz. Así las viudas cuyo amor ha sido puro en su casamiento derraman un precioso y aromático olor de virtud, de castidad, cuando su luz, esto es, su marido, es apagada por la muerte.

85. Amar al marido mientras vive, cosa es no dificultosa entre las mujeres; mas amarlo aun después de su muerte, no puede desearse más: grado es de amor que sólo pertenece a las verdaderas viudas.

86. Esperar en Dios mientras el marido sirve de apoyo, no es cosa tan rara; mas esperar en Dios quedando sin tal arri-mo, cosa es digna de gran alabanza. Por esto se conoce más fácilmente en la viudez la perfección de las virtudes que se ha tenido en el casamiento.

87. Ni la viudez ni la virginidad tienen otro puesto en el cielo, sino aquel que les es señalado por la humildad.

88. Es el mayor engaño el presentar en lugar de un corazón entero y sincero un corazón usado, trasegado y contaminado de amor.

89. Entre los acontecimientos del matrimonio, sólo el de la pérdida de la mujer no puede ser afrentoso, porque si la mujer es mala, se gana con perderla; si es buena, con perderla se asegura de que no lo deje de ser.

90. Dificilísimo es que la mujer mala se haga buena, con ser tan difícil que la buena se haga mala.

91. Muchas mujeres hay buenas; si las sabes buscar, hallaraslas.

92. Quien perdió una buena mujer y halló otra, se puede decir que muda de cuerpo y no de mujer; que donde la bondad es una, poco diferencian las personas.

93. No pierdes del todo la mujer buena, que con su memoria te enseña, muerta, a buscar otra semejante.

94. Cuando aseguras: "Perdí buena

mujer", si fuiste causa de perderla, dices tu culpa; si no, dices tu desdicha.

95. Gran pérdida es perder buena mujer, y fuera la mayor si no se pudiera restaurar. Tuviste lo que todos desean y lo que pocos alcanzan. Alégrate, que fuiste de los pocos.

96. Más fácilmente regirás el ánimo no hinchado con alguna vanidad, que no está muy lejos del desprecio del marido la que se estima demasiado.

97. Desearé que mi mujer sea noble y virtuosa y entendida, porque necia, no sabrá conservar ni usar estas dos cosas.

98. En la nobleza quiero la igualdad. La virtud, que sea de mujer casada, y no de ermitaño, ni de beata ni religiosa. Y si hubiese de ser entendida con resabios de catedrático, más la quiero necia; que es más fácil sufrir lo que uno no sabe que padecer lo que presume.

99. No la quiero fea, ni hermosa; estos extremos pone en paz un semblante agradable, medio, que hace bienquisto lo lindo y muestra seguro lo donairoso. Fea, no es compañía, sino susto; hermosa, no es regalo, sino cuidado. Mas, si hubiese de

ser una de las dos cosas, la quiero hermosa, no fea; porque es mejor tener cuidado que miedo, y tener que guardar que de quien huir.

100. No la quiero rica, ni pobre, sino con hacienda; que ni ella me compre a mí, ni yo a ella. La hacienda, donde hubiera nobleza y virtud, no se ha de echar de menos, pues teniéndolas, quien la deja por pobre es vilmente rico, y no las teniendo, quien la codicia por rica es civilmente pobre.

101. De alegre o triste, más la quiero alegre; que en lo cotidiano y en lo propio no nos faltará tristeza a los dos, y eso temple la condición suave y regocijada con ocasión decente; porque tener una mujer-pesadumbre, más arrinconada que telaraña, es juntarme con un pésame de por vida.

102. Ha de ser galana para mi gusto, no para el aplauso de los ociosos, y ha de vestir lo que la fuere decente, no lo que la liviandad de otras mujeres inventare.

103. No ha de hacer lo que algunas hacen, sino lo que todas deben hacer.

104. Más la quiero miserable que

pródiga, porque de lo uno se debe tener miedo y de lo otro se puede esperar utilidad. Sumo bien sería hallarla liberal.

105. En que sea blanca o morena, pelinegra o rubia, no pongo gusto ni estimación alguna; sólo quiero que, si fuere morena, no se haga blanca; que de la mentira es fuerza andar más sospechoso que enamorado.

106. En chica o grande, no reparo; que los chapines son el afeite de las estaturas y la muerte de los talles, que todo lo igualan.

107. Gorda o flaca, es de advertir que, si no pudiera ser entreverada, la quiero flaca y no gorda; más la quiero alma en canuto o pellejo en pie que doña mucha o cuba en zancos.

108. No la quiero niña, ni vieja, que son cuna y ataúd, porque ya se me han olvidado los arrullos y aún no he aprendido los responsos. Bástame mujer hecha, y estaré muy contento que sea moza.

109. Desearía mucho que no tuviese con extremo lindas manos, ojos y boca, porque con estas tres cosas buenas en toda perfección es fuerza que no la pueda su-

frir nadie, pues las manotadas por que la vean las manos y los visajes y dormiduras por aprovechar los ojos enfadarán al mundo; pues ver a una mujer con los dientes de par en par por que se los vean, no es cosa sufrible. El cuidado borra las perfecciones, y el descuido disimula las faltas.

110. No la quiero huérfana, por ahorrar conmemoraciones de difuntos, ni tampoco con parentela cabal. Padre y madre deseo, porque no soy temeroso de suegros. Las tías tomaré en el purgatorio, y daré misas de más a más.

111. Daría muchas gracias a Dios si fuese sorda y tartamuda, partes que amohinan las conversaciones y dificultan las visitas.

112. Si tuviese mala condición sería otro tanto oro; que una mujer bien acondicionada, todo el año gasta en decir que si ella fuera como otras, y que el ser tan negro de buena tiene la culpa.

113. Lo más importante sería si consintiese que en casa viviésemos sin dueña, y si más no se pudiese, que se contentase con que entre los dos tuviésemos media

dueña: una viejecita que empezase en tocas y acabase en enaguas, por que la vista descansase de dueña antes de salir de su visión. Y lo mejor y más conforme a razón sería, pues las dueñas son viñaderos de los estrados que guardan los racimos de doncellas, que la vistiésemos de viñadero, con montera, chuzo y alpargatas, y por monjil una capa gascona (que en el pedir algo tienen de jaca), y que se llamase Guinarte, como los emperadores Césares.

114. Iban las mujeres al infierno tras el dinero de los hombres, y los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con otros.

115. Quien no ama con todos sus cinco sentidos, una mujer hermosa no estima a la naturaleza su mayor cuidado y su mayor obra. Dichoso es el que halla tal ocasión, y sabio el que la goza.

116. ¡Qué sentido no descansa en la belleza de una mujer que nació para amada del hombre! De todas las cosas del mundo aparta y olvida su amor correspondido, teniéndole todo en poco y tratándole con desprecio.

117. Todas las bellezas de la mujer

son causa de perdición, y juntamente disculpan al que se pierde por ellas.

118. Nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer y ahitos de lo que parece.

119. Es la mujer regalo que se debe temer y amar, y es muy difícil temer y amar una cosa misma. Quien solamente la ama, se aborrece a sí; quien solamente la aborrece, aborrece a la naturaleza.

120. De las maldades que las mujeres nos mandan hacer cobran los intereses y nos dejan la infamia.

121. Quejáisos de que el adulterio es en vosotras delito capital y no en nosotros. Demonios de buen sabor, si una liviandad vuestra quita las honras a padres e hijos y afrenta toda una generación, ¿por qué se os antoja riguroso castigo la pena de muerte, siendo de tanta mayor estimación la honra de muchos inocentes que la vida de un culpable?

122. Quejaros de que os guardemos es quejaros de que os estimemos: nadie guardó lo que desprecia.

DEL PUEBLO

5. El rango que tienen las fiestas populares es que las inaugura el primer grito y las termina cualquier demostración. En ellas tiene más parte el que se esfuerza que el que se justifica.

1. Aquel monarca que de sus consultas elige por bueno lo que votaron los más es esclavo de la multitud, debiendo serlo de la razón.

2. El pueblo es como el aire, que alienta y no mantiene.

3. La multitud, tan fácilmente como sigue, deja, y en lugar de acompañar, confunde; alborótase como el mar con un soplo, y sólo ahoga a los que se fían de ella.

4. Ninguna acción a que atienden muchos la aprueban todos, porque adonde asisten buenos y malos no es posible la concordia y es forzosa la diferencia. Es violenta siempre la victoria, porque la da la mayor parte; vence el número, pero no la razón.

5. El riesgo que tienen las juntas populares es que las convoca el primer grito y las arrebatara cualquier demostración. En ellas tiene más parte el que se adelanta que el que se justifica.

6. La voluntad del vulgo es muy amiga de vestirse de nuevo; desnúdase de lo que se viste, porque su gala es vestirse para desnudarse.

7. Ninguna cosa despierta tanto el bullicio del pueblo como la novedad.

8. Yo llamo a los pasquines y papeles veletas del pueblo, por quienes se conoce adónde y de dónde corren el aborrecimiento y la venganza; lo que estudia y sabe el que los pone por lo que oye decir a los que los vieren puestos.

9. ¿Cómo acertarán los reyes que ni oyen, ni quieren oír, ni preguntan, y empiezan sus audiencias y sus decretos por las respuestas?

10. Siempre la gente baja tiene admiración para el que sabe despreciar la vida a cambio de un renglón en los calendarios.

11. Si te pide el pobre, no digas que le diste, sino que le pagaste; los bienes y posesiones no son particularmente de nadie: son de la sucesión y de la suerte.

12. ¿Puede el rico ocupar del palacio con su cuerpo más que tú con el tuyo? Pues ¿de qué le sirve lo que le sobra, o lo

que no le sirve, o lo que sirve a otro?

13. Quien niega el brazo al médico y la mano al tributo, ése no quiere salud ni libertad.

14. El pueblo paga los tributos para sí, y, como el que paga el alimento al que cada día se lo vende, se lo paga para sustentarse y vivir, así se paga el tributo al rey para el propio sustento de las personas y familias, vidas y libertad.

15. Las quejas populares y mecánicas en cualquiera nueva imposición, y asimismo al tiempo de pagar lo ya impuesto, son de gran ruido, mas de poco peso.

16. Pierde el tiempo quien trata de convencer con razón la furia que se junta de innumerables y diferentes cabezas, que sólo se reducen a unidad en la locura. Débese ésta tratar como la niebla, que, dándola lugar y tiempo, se desvanece.

17. La multitud hambrienta, ni sabe qué es temer, ni tiene qué; y aquel que los quita cuanto adquirieron de oro y plata y hacienda, los deja la voz para el grito, los ojos para el llanto, el puñal y las armas.

18. Llegue la necesidad recatada y a hurto y muda, y remédiese; mas sepa el

necesitado que lo sabe el príncipe y que atiende a todo su poder, de suerte que sabe el que tiene y el que da y el que lo toma.

19. El que quita al labrador, al benemérito, al huérfano, a la viuda para otra cosa, ése es ladrón.

20. Miren los reyes por los pobres, que entonces habrán entendido que el primer pobre y más legítimo necesitado es el buen rey.

21. En los peligros, el rey que mira, manda con los ojos. Los ojos del príncipe es la más poderosa arma, y en los vasallos asistidos de su señor es diferente el ardimiento.

22. La vista de los príncipes influye coraje, y el miedo, que sólo precia la salud y pone la honra en la seguridad, suele reprehenderse con el respeto.

23. Conocer la necesidad y no remediarla, pudiendo, es curiosidad, no misericordia.

24. Diferencie vuestra majestad al que con las armas, con las letras o con la hacienda y la persona le sirve, de los que tienen por oficio el hablar de éstos desde su aposento y que ponen la judicatura de

sus servicios y trabajos en el albedrío de su pluma.

25. Una cosa es oír a los que asisten a los príncipes, y otra, a los que sufren o padecen a esos tales.

26. ¿Qué cosa son los pretendientes, y los beneméritos, y los agraviados, y los oprimidos, y los pobres, y las viudas, si no enfermos que aguardan salud de las aguas de la justicia y de la misericordia y grandeza del rey?

27. Es buen pastor el que quiere que le vendan por sus ovejas, mas que no quiere consentir que sus ovejas se las vendan.

28. Quien quita de todos los suyos con los arbitrios para defenderlos del enemigo, hace por defensa lo que el contrario hiciera por despojo.

29. Pida el príncipe tributos para dar paz, sosiego, defensa y disposición en que los vasallos puedan con aumento multiplicar lo que dieron y aventajarlo en precio; porque pedir sin dar estas cosas es despojar.

30. Es tan interesado el pueblo, que aun por no dar lo poco que se le pide, él mucho dificulta lo mismo que se le ofrece.

31. De todos los caudales que componen la riqueza de los príncipes, sólo el de los vasallos es manantial, y perpetuo; quien los acaba, antes agota el caudal del señor que le junta.

32. Todo se debe a la justa y forzosa necesidad de la república y del príncipe; mas para que el servicio sea socorro y no despojo, no basta que el monarca pida lo que ha menester, sino que oiga del vasallo lo que puede dar.

33. Matar la sed y la hambre del vasallo, toca al rey; matar la suya del rey, a sus ministros.

34. Muchas veces se han juntado los que ni saben lo que se hacen, ni lo que se dicen, contra hombres que han hecho maravillas. Dicho se está que la envidia y el odio que juntaron aquéllos juntaron estos.

35. Concilio en el que el mayor y el peor de todos es presidente, y concilio y voto y votos cuyo parecer (aun tratados de ignorantes) siguen los demás, siempre ha de costar la vida al inocente.

36. Vieron los traidores que el levantarse con los reinos, o intentarlo, o pensar

en ello, era delito digno de muerte y que se llamaba traición, y acogieron, por temor de los castigos, a levantarse con los reyes: cosa que, siendo más sacrílega, es tenida por dicha, y el que la hace, por ministro, no por aleve; lo uno castigan los reyes, lo otro premian.

37. A los vasallos dei rey que tiene ministros y criados que le solicitan la mentira y la lisonja, aborreciendo ellos la verdad en su corazón y en la ejecución de las cosas, los llama Dios ovejas sin pastor y gentes sin dueño.

38. La descendencia y origen de los reyes en el pueblo de Dios, ni fué noble, ni legítima, pues tuvo por principio el cansarse de la majestad eterna y de su igualdad y justicia.

39. Poco son y menos valen las coronas, los cetros y los imperios para calificar a este oficio tan ruin linaje como el que tuvo.

40. Tanto apetece en los dominios la novedad el pueblo, que no dejan uno y piden otro por elección, sino por enfermedad. Sea otro (dicen los siempre malcontentos), aunque no sea bueno; que,

por lo menos, tendrá de bueno el ser otro.

41. Muy enfermizo es para la fragilidad humana el sumo poder; y si los que adolecen de sus demasías no se gobiernan con la dieta de los divinos preceptos, con el primer accidente están de peligro, y los aforismos de la verdad los dejan desahuciados.

42. Enfermedad antigua es la inobediencia. Esta, en los primeros padres, nos atesoró la muerte; en su vigor tiene hoy la malicia; nada ha remitido del veneno en la vejez y en los siglos.

43. No hay monarquía que no ponga un amo.

44. No sólo no han de pretender los hombres los puestos y las honras que no han tratado ni entienden; antes han de rehusarlas cuando se las den.

47. Es el odio de los que aborrecen al favorecido tan vengativo y ciego, que, por no alabarle, aun para destruirle (que es lo que desean), dejan de destruirle, y con los vituperios que les dicta la rabia, en vez de arrancarle del corazón del príncipe le arraigan en él.

46. El sustentarse sobre los tumultos

del pueblo y el nadar sobre las aguas tiene tan parecida conformidad, que muchos príncipes, en su niñez, o han sido expuestos a las borrascas de este elemento, o han sido llamados a pasearle en edad más grave.

47. Tienen las aguas semejanza con el pueblo: las cosas ligeras sustentan, las graves sumergen tumultuosas e inestables. Fáciles de refrenarse sosegadas, difíciles cuando corren turbulentas. Crece su ímpetu donde hallan reparo; mas quien las entretiene, aunque trabajosas, las encamina a su provecho.

48. Es mérito para obtener el amor del pueblo padecer el aborrecimiento del tirano. Allá llueven los favores populares donde arden las llamas del furor tiránico.

49. Cuando hay donde recurrir por alguna excusa, se tolera la mayoría. Muchos cederían el lugar, si hallasen pretexto para cederlo; y muchas veces se contrasta más por venganza que por soberbia.

50. Es buena la mezcla del mayor y del menor, mas es bien mala la del igual.

51. Todas las cosas, aun aquellas que

no son cosas, sino nada, ayudan a aquellas que son en demasía. Los ceros no valen, si se juntan a otros ceros; mas si a los números, los multiplican.

52. Las gentes que no son a propósito para vivir en la ciudad, lo son para combatir en la campaña, y quien no sabe ser buen ciudadano, suele ser buen soldado.

53. La felicidad se busca siempre en las cosas de que se carece, y en ellas descansa quien las consigue.

54. La novedad bien tiene poder para atraer a los hombres, mas no para entretenerlos, si no los aprisiona con la ligadura del provecho o no los atolla en el lodo de la ambición.

55. Poco se debe temer a los que tienen la lengua por espada. Es mayor el peligro que amenaza con el silencio de la ofensa que el que se recibe con la parlería.

56. Aquel enojo que se deja ver, está encendido en los espíritus, no en los humores, y, a manera de pólvora, alza el fuego, mas no lo detiene; le saca fuera, no le guarda dentro.

57. La cólera que se desfoga por la boca, no desfoga por las manos.

58. Ofender con las obras es hostilidad; con las palabras es malignidad.

59. En los males comunes no temen los particulares, y en los sucesos por venir se espera socorro del tiempo y de la fortuna.

60. Donde hay forma de república, o cuerpo de senado, se pueden recibir los forasteros por compañía; mas donde hay absoluta monarquía, no se pueden recibir si no es por esclavos.

61. ¡Cuántos han corrido a precipitarse por no hallar alguno que les rogase que no se precipitasen!

62. Las torres que se han alzado, se pueden fácilmente bajar, mas no los hombres. No es toda de aquel, la grandeza, que fabrica grandeza donde él no fué solo en fabricarla.

63. Se llama dar ayuda, no engrandecer, cuando el sujeto concurre, no solamente pasivamente recibiendo, mas también obrando activamente.

64. El reino es gobierno de uno; la república, de muchos. Esta con el reti-

rarse, aquél con extenderse, se corrompe.

65. Quien no hace que el pueblo tema se hace temer del pueblo. Son impedidos con mayor facilidad sus tumultos de los hombres intrépidos que de los prudentes; porque él estima más el pecho que el cerebro y se deja más fácilmente forzar que persuadir.

66. El resplandor del fuego que abraza los que están cerca, engaña el ojo. Parece hermoso porque reluce; parece bueno, porque alumbra. No se siente el mal hata que se toca el daño.

67. Alborótase el pueblo: hierve, más no vierte fuera del vaso el hervor; muéstrase pronto a seguir al que quisiera venganza.

68. No basta la fortuna para engrandecer a los hombres, si con ella no concurre la virtud; y es vana la virtud donde falta la fortuna.

69. Aquellos que tienen hermanada la virtud con la fortuna, atribuyen todos los sucesos a su misma prudencia y no quieren reconocer la fortuna para nada; y por eso tendrían necesidad de saber que ella es gran parte en los negocios, para que

así temiesen aquella inestabilidad que de otra parte no puede temerse.

70. El entendimiento del hombre, porque no tiene fin adecuado en este mundo, todo lo que se le pone delante apetecible lo apetece como fin y apenas lo ha conseguido cuando lo hace servir de medio para alcanzar otro fin que aquél le tenía cubierto; y tanto dura el ser fin, cuanto tarda en ser conseguido.

71. Quien se arroja a un gran salto, se contenta de llegar a la orilla del foso, más después no se detiene allí.

72. Toda poca posesión parece mucha donde no se tiene nada; mas donde se tiene alguna, toda la que basta parece nada si no se tiene toda.

73. Ricos fueron los romanos cuando supieron ser pobres; con su pobreza se enterró su honra.

74. En poder de los ruines y desagradecidos no duran más los buenos de hasta tanto que puede ser su fin lisonja de otros peores.

75. Tan grande virtud como riesgo es ser bueno entre los malos. Y el mayor

mérito para con los malos es ser entre los malos el peor.

76. Poco hay que temer en aquel hombre que embaraza su alma en servir a su tez y a llenar de más bestia la piel exterior de su cuerpo.

77. Entendimiento que asiste a la composición del cabello, poco cuidado puede dar a otra cabeza; y en la suya que riza, más veces es cabellera que entendimiento.

78. El hombre gordo es mucho hombre y grande hombre en el peso y en la medida, no en el valor; porque en el que es abundante de persona, la vida está cargada y la mente impedida; y como sus acciones obedecen perezosas a su demasía de cuerpo, así sus sentidos no pueden asistir desembarazados al dictamen del juicio.

79. Los ciudadanos flacos y descoloridos, como los gruesos alimentan sus estómagos de su entendimiento, éstos hacen alimento de sus entendimientos sus estómagos. Digiéreles su imaginación las personas, bébeles la sangre su entendimiento. Por eso su tez está mal asistida de su

sangre. Tiene descolorido el rostro y colorado el corazón.

80. La multitud, tan fácilmente como sigue, deja, y en lugar de acompañar, confunde. Es carga y no caudal; carga tan pesada que hunde al que se carga della y al contrario ninguna cosa que no sea muy leve la cargan, que en ella no se hunda. Alborótase como el mar, con un soplo y sólo ahoga a los que se fían de ella.

81. Es condición del pueblo aborrecer al que vive y echarle menos en muriendo, siendo así que las alabanzas y los elogios magníficos solamente los merecen las desdichas y la sepultura.

82. Ninguna acción a que atienden muchos, la aprueban todos; porque a donde asisten malos y buenos no es posible la concordia y es forzosa la diferencia.

83. Cuán amiga es de vestirse de nuevo la voluntad del vulgo, bien se conoce en sus determinaciones tan contrarias: desnúdase de lo que se viste, porque su gala es vestirse para desnudarse.

84. Mucho desanima amparar al que se ofende de que le amparan.

85. Van por un camino los discretos,

por no dejarse gobernar de otros; y los necios por no entender a quien los gobierna, aguijan a todo andar.

86. Hombres que todo lo entendéis al revés: bobo llamáis al que no es sedicioso, alborotador y maldiciente; sabio llamáis al mal acondicionado, perturbador y escandaloso; valiente al que perturba el sosiego y cobarde al que con descompuertas costumbres, escondido de las ocasiones, no da lugar a que le pierdan el respeto.

87. Todos sois esponjas de los príncipes; dejan os chupar hasta que estáis hinchados y luego os exprimen y sacan el zumo para sí.

88. En tanto que los pueblos creen que el príncipe tiene talento y que obra por sí, se sustenta el privado que lo persuade; más en desarrebozándose la verdad y en desmayando el engaño, muere súbito todo valimiento.

89. ¿Sería buena doctrina si uno dijese que el buen carnicero engorda las ovejas y que el desollador las pone pellejo y que el buen barbero cuando sangra cierra las venas? Pues lo mismo es decir que

los tiranos han de guardar palabra, ser justos y verdaderos y humildes.

90. La riqueza se puede dejar cuando se quiere; la pobreza, no. Aquélla, pocas veces se quiere dejar; ésta, siempre.

91. Las monarquías, con las costumbres que se fabrican, se mantienen.

92. En la ignorancia del pueblo está seguro el dominio de los príncipes; el estudio que los advierte, los amotina.

93. Vasallos doctos, más conspiran que obedecen, más examinan al señor que le respetan; en entendiéndole, osan despreciarle; en sabiendo qué es libertad, la desean; saben juzgar si merece reinar el que reina, y aquí empiezan a reinar sobre su príncipe.

94. Más valiera que viviera la monarquía muda y sin lengua, que vivir la lengua sin la monarquía.

95. De la defensa resulta a los pueblos tanto daño como de la ofensa, y a veces más.

96. República donde la justicia y el consejo mandan, la libertad reina.

97. Si mandan por igual nobles y plebeyos es una junta de perros y gatos,

que los unos proponen mordiscones con los dientes, ladrando, y los otros responden con arañazos y uñas.

98. Si es el gobierno una junta de pobres y ricos, despreciarán los ricos a los pobres, y los pobres envidiarán a los ricos, y resultará un compuesto de la envidia y el desprecio.

99. Si el gobierno está en los plebeyos, ni los querrán sufrir los nobles, ni ellos podrán sufrir el no serlo.

100. Si los nobles solos mandan, no hallo otra comparación a los súbditos sino la de los condenados.

101. Seamos en las repúblicas compañeros, no esclavos; miembros y no trastos, cuerpo y no sombra.

102. Que el rico no estorbe al pobre que pueda ser rico, ni el pobre enriquezca con el robo del poderoso.

103. Que el noble no desprecie al plebeyo, ni el plebeyo aborrezca al noble.

104. Que todo el gobierno se ocupe en animar a que todos los pobres sean ricos y honrados y virtuosos, y en estorbar que suceda lo contrario.

105. Hase de obviar que ninguno

pueda ni valga más que todos, porque quien excede a todos, destruye la igualdad, y quien le permite que exceda, le manda que conspire.

106. La igualdad es armonía en que está sonora la paz de la república, pues en turbándola particular exceso disuena, y se oye rumor lo que fué música.

107. Las repúblicas han de tener con los reyes la unión que tiene la tierra (en quien ellas se representan) con el mar (que los representa a ellos). Siempre están abrazados, mas siempre ésta se defiende de las insolencias de aquél con la orilla, y siempre aquél la amenaza, la va lamiendo y procurando anegarla y sorbérsela, y ésta cobrar de sí por una parte tanto como él la esconde por otra.

108. En las repúblicas está el reparo de las borrascas y golfos de los reinos. Siempre han de militar con el seso, pocas veces con las armas.

109. Han de asistir las repúblicas a los príncipes temerarios lo que baste para que se despeñen, y a los reportados para que sean temerarios.

110. Serán meritorios al útil de la pa-

tria los estudios políticos y matemáticos, y a ninguna cosa se dará peor nombre que al ocio más ilustre y a la riqueza más vagabunda.

111. Infinitas veces se ha mostrado, con sus aplausos, el pueblo semejante al humo, que, siendo producción de la claridad de la llama, hijo oscuro, la anochece y afea, ahoga en sus globos las centellas que levanta, cuando juntamente las deja ver resplandecientes y las apaga en hollín.

112. Es la plebe pólvora en cohete, que, tocada levemente de cualquier chispa, la sube con bravatas de rayo, le ostenta en los confines de las nubes, estrella y le bate descender, confesando en cenizas las ridículas bravatas del papel.

113. Los hombres no escarmientan en los escándalos; todos se juzgan diferentes y aventajados en méritos a los justiciados de la liviandad popular.

114. No culpan a la plebe, sino a los que, no teniendo las prendas que de sí presumen, se fiaron de ella.

115. El nombre del pobre, más veces

le reparten la ignorancia, la soberbia y la codicia que la verdad.

116. La ignorancia llama pobre, con su mal lenguaje, a cuantos les falta lo superfluo, sobrando a todos lo necesario; siendo éstos los ricos, pues tienen lo que nadie les puede quitar, pues no lo niega Dios a nadie, y la naturaleza ruega con ello a todos.

117. Hay pobres en quienes la pobreza es trabajo, y el nombre, infamia; son los que, careciendo de los bienes de fortuna, gastan sus conciencias en adquirirlos.

118. Estos son monstruos, pobres con las riquezas, pobres de sí propios, pobres para sí y para todos. Más inocente fué el oro enterrado en la mina que en su poder. Son balsas que juntan el agua corriente para corromperla.

119. Gastan la vida en juntar dinero y no gastan un dinero en sustentar su vida. Son como el mal estómago, que no gasta el alimento que recibe, y gasta la salud y se gasta.

120. Comúnmente llamamos pobre al necesitado y mendigo, y yo no sé qué

persona está fuera de la nota de este nombre.

121. Ninguno nace tan pobre que no muera más pobre. Nada trae a la vida el que en esta vida nace. El que muere, todo lo deja y nada lleva.

122. Tiene la pobreza, como el oro y la hipocresía, su monedero falso.

123. Ninguno es más pobre que aquel que enriquece de lo que quita a los pobres. Es evidencia que es más pobre que los pobres quien ha menester quitarles su pobreza para ser rico.

124. El rico que para serlo hace pobres y deshace pobres, no sólo es pobre, sino la misma pobreza, pues sólo la pobreza hace pobres.

125. Dispuso Dios que quien enriquece con lo que quita, empobrezca con lo que da.

126. Hacienda que da codicia de más hacienda, no es más hacienda, sino más codicia.

127. Lo mucho se vuelve poco con desear otro poco más.

128. En el mundo no puede tener quietud quien tuviere cosa en que quitán-

dosela pueda otro medrar o enriquecer.

129. La ambición es vaso quebrado, que vacía cuanto recibe; si siempre se está llenando, siempre se está vertiendo.

130. Más abriga al pobre la costumbre de no tener abrigo y de padecer las heladas, que al poderoso las pieles de las fieras.

131. Fáltale algunas veces el alimento al pobre, y entonces es medicina la falta. Pide y no le socorren: el rico pierde la cosa más bienaventurada, que es el dar, y el pobre la menos, que es el recibir.

132. El pobre no tiene aduladores, empero tiene ocasión de serlo; no teme ladrones, empero témenle por ladrón. De todo esto se asegura el pobre que está contento de serlo.

133. La mayor vileza de los pobres es el pedir; empero no les condenó a pedir quien mandó a los ricos que les diesen lo que les sobra. Si les dan el socorro antes que se lo pidan, son fieles y liberales; si aguardan a que se lo pidan, pagan apremiados lo que deben; si lo niegan, son ladrones de lo que guardan.

134. Todo el mundo es una casa, las

provincias son aposentos; yo no mudo de casa, sino de aposento.

135. El pueblo hambriento no sabe temer, porque sólo teme la hambre, y en padeciéndola no puede sufrirla.



I N D I C E

	<u>Págs.</u>
NOTA PRELIMINAR.....	9
De los reyes.....	31
De los ministros.....	63
De la guerra y de la paz.....	79
De la justicia.....	97
De la mujer.....	119
Del pueblo.....	143

Obras de E. BARRIOBERO Y HERRAN

(POR ORDEN CRONOLÓGICO DE PUBLICACIÓN)

- 1.—*Misterios del mundo*. (Filosofía del suicidio.)
- 2.—*Cervantes de levita. Nuestros libros de Caballería*. Dos ensayos de crítica.
- 3.—*Guerrero y algunos episodios de su vida milagrosa*. Novela.
- 4.—*Vocación*. Novela.
- 5.—*La Cofradía de los Mirones*. Novela corta.
- 6.—*Dos capítulos del "Quijote" suprimidos por la censura*. Novela corta.
- 7.—*El 606*. Novela corta.
- 8.—*La poesía épica y el gusto de los pueblos*. Traducción de Voltaire.
- 9.—*Roma bajo los Césares*. Traducción de Suetonio.
- 10.—*Syncerasto, el Parásito*. Novela arqueológica.
- 11.—*Filosofía del Espíritu*. Traducción de Hegel.
- 12.—*De Cánovas a Romanones*. Estudios económicos y políticos.
- 13.—*Memorias del alguacil Buscavino*. Novela corta.
- 14.—*El hombre descende del caballo*. Novela.
- 15.—*El robo de Zampatortas*. Novela corta.
- 16.—*Matapán, el probo funcionario*. Novela.
- 17.—*Gargantúa y Pantagruel*. Traducción de Rabelais.
- 18.—*Don Quijote de la Mancha*. Comedia lírica.
- 19.—*Juerga y doctrina*. Sainete.
- 20.—*Adelfa*. Novela corta.
- 21.—*Chatarramendi, el Optimista, y Botaratoff, el Prefecto*. Novela.

- 22.—*María o la hija de otro jornalero*. Novela corta.
- 23.—*El hermano Rajao*. Grado 33. Novela.
- 24.—*Ganémosle hoy*. Novela corta.
- 25.—*Como los hombres*. Novela. (Recogida por el Gobierno de la Dictadura a instancia de la Liga de Defensa del Clero.)
- 26.—*La serpiente verde*. Traducción de Goethe.
- 27.—*El libro del té*. Traducción de Okakura Kakuzo.
- 28.—*Los amores de Safo y Faón*. Traducción de autor anónimo.
- 29.—*Apología de España*, de Forner. Reconstrucción.
- 30.—*El libro del conocimiento de todos los reinos*. Reconstrucción.
- 31.—*La Legislación de Moisés*. Traducción y recopilación.
- 32.—*El maletín*. Novela corta.
- 33.—*La verbena de San Trifón*. Novela corta.
- 34.—*Breviario del hombre de Estado*. Traducción de Maquiavelo.
- 35.—*El asesinato considerado como una de las Bellas Artes*. Traducción de Quincey.
- 36.—*Nuestra Señora la Fatalidad*. Novela.
- 37.—*Aziadeht, la mujer pálida*. Traducción de Guido da Verona.
- 38.—*Mis veintiséis prisiones*. Traducción de Bezsonow.
- 39.—*Historia ejemplar y atormentada del caballero con la mano al pecho*. Novela.
- 40.—*La yugoslava que me dió el retrato de su tío*. Novela corta.
- 41.—*Un burgués en París*. Traducción de Dostoiewski.
- 42.—*Doguinitzio, el Príncipe afgano*. Novela corta.
- 43.—*El airón de los Torre-Cumbre*. Novela.
- 44.—*Una aventura de amor en Teherán*. Traducción de Guido da Verona.

- 45.—*La sonrisa de Themis*. Anecdótico forense.
46.—*Los viejos cuentos españoles*. Recopilación.
47.—*El rey y la dignidad real*. (El Tiranicidio.) Traducción del P. Mariana.
48.—*Episodios rabelesianos*.
49.—*Doctrinal de Quevedo*. Recopilación.
50.—*Cymbalum Mundi*. Traducción de Buenaventura Des Periers.
51.—*Pragmáticas, desenfados y decires de Quevedo*. Recopilación.
52.—*El Greco*. Biografía.

El próximo volumen de la

COLECCION QUEVEDO

contendrá la primera versión castellana del

CYMBALUM MUNDI

y algunos asuntos escogidos de

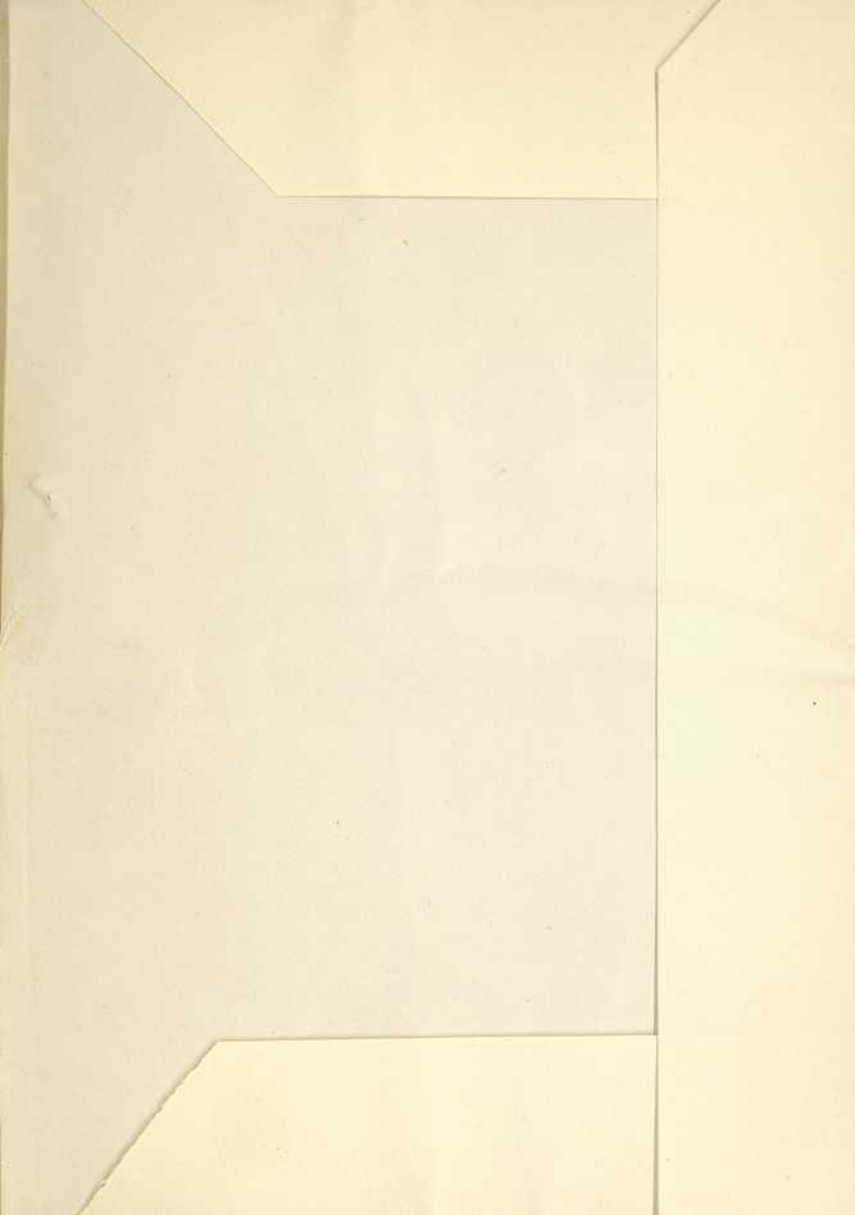
BUENAVENTURA DES PERIERS,

el gran clásico de la primera mitad del siglo xvi, que, con Rabelais y Masot, fué fundador de la lengua que más tarde tanto habían de abrillantar y ennoblecer Molière, Voltaire y La Fontaine.

El carácter picaresco y la donosa heterodoxia que caracteriza la brillante producción literaria del famosísimo secretario de la reina Margarita y principal colaborador del *Heptamerón*, han sido, sin duda, la causa de que hasta hoy no fuera incorporada a nuestro idioma.

Con la publicación del próximo volumen de la COLECCIÓN QUEVEDO quedará subsanada la falta y pagada la deuda que para con la literatura mundial tenía contraída la nuestra.

ACABÓSE DE IMPRIMIR LA PRIMERA EDI-
CIÓN DE ESTE LIBRO EN LOS TA-
LLERES TIPOGRÁFICOS DE GALO
SÁEZ, MESÓN DE PAÑOS, 8,
MADRID, EL DÍA 6
DE JUNIO DE
1930



Biblioteca de La Rioja



10000443566



Precio: 3 pesetas

E. RA-
ZONDETO
Y NEBOLA

DOCTRINAL
DE
QUEVEDO

R

13646